



Sonñar a Dios

forum.com

- papeles de formación continua -

Nº 205 - 24 de octubre de 2023

Índice

Este número	3
Soñar a Dios	
Retiro	4
Soñar a Dios para, despiertos, obedecerle	
Formación	13
El ministerio presbiteral, en la encrucijada	
Comunicación	23
Manipulación y desinformación: Fake news y deepfakes	
Carisma	28
La sencillez del corazón	
Pastoral	37
“Me quedo con Don Bosco”, corderos que se convierten en pastores	
La Solana	42
Job, la prueba de la fe, la bendición de la espera	
Por tu Palabra	45
“Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador”	
El anaquel	50
La confianza de santa Teresita del Niño Jesús	
Sueños para ti	63
El agridulce paso del tiempo	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]

Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

► Este número

Soñar a Dios

La Biblia está llena de historias de soñadores y para muestra el retiro que nos ofrece Juan José Bartolomé a partir de los diferentes sueños de san José durante la infancia de Jesús. Como sueños nos ofrece a partir de este mes en su sección para esta revista **forum.com** la renovada sección de Isidro Lozano, “Sueños para ti”, con la que cerramos cada número.

Y es que la formación continua es una herramienta que puede ayudar a estructurar y ampliar el horizonte de nuestros sueños. Con el nuevo curso bien iniciado, los sueños pueden encarnarse en tantos proyectos, iniciativas y actividades que están tomando forma –o consolidándose–. Unos sueños que, como nos recordaba la reciente jornada del Domund, están llamados a transformar todo el mundo en Reinado de Dios. Por ello este subsidio, a partir de materiales de más o menos actualidad, espera poder ayudar en este propósito en cualquiera de nuestros ambientes pastorales o en el propio cultivo de la vida espiritual.

Por ello estas páginas están abiertas a tu colaboración, para compartir sueños, lecturas o reflexiones. Sabes que tienes a tu disposición nuestro correo electrónico: forum@salesianos.es para hacernos llegar cualquier comentario o sugerencia, así como cualquier tipo de aportación.

¡Feliz 24! ¡Buena lectura!

 **Mateo González Alonso**

Retiro

Soñar a Dios para, despiertos, obedecerle

«Se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo...» (Mt 1,20)

Juan José Bartolomé, SDB

“En la Sagrada Escritura los sueños tienen un significado particular. Son expresión de intimidad con Dios y de cómo este se manifiesta en la propia intimidad... En sus sueños, Dios profirió su palabra, compartiendo sus propios sueños; aquellos llamados a encarnarse en la historia de un pueblo a través de personas concretas”¹.

“El santo [Don Bosco] estaba completamente abierto a lo sobrenatural y su comunicación con ese mundo se manifestaba particularmente en sueños”².

1. Oración inicial

- D.:** En el nombre del Padre...
- D.:** Señor Jesús, Camino, Verdad y Vida,
tú nos has enviado para ser testigos de tu Resurrección
en medio de los jóvenes con nuestra vida resucitada.
- T.:** Queremos encontrarte, Señor, en los sueños de los jóvenes,
esos que tú alientas y das vida.
Queremos estar a su lado cuando quieran compartirlos;
ayudarles a leerlos
y a hacerlos vida.

¹ S. GARCÍA MOURELO, *Sueños y Travesías*. Claves e itinerarios para una mistagogía con jóvenes, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2023, 25.

² W. NIGG, *Don Bosco. Un santo per il nostro tempo*, LDC, Leumann-Torino, 1980, 75.

Queremos encontrarte en sus ilusiones,
 en la alegría de su futuro,
 en la vocación a la que les llamas.

Queremos estar a su lado
 cuando algún sueño no se cumpla,
 cuando llegue el desaliento;
 y ser bálsamo en la herida de la vida.

Queremos vivir con ellos
 el reencuentro con tu perdón,
 la escucha de tu palabra,
 el misterio de su cotidiana entrega.

Queremos encontrarte en sus rostros,
 en el ruido de su mundo,
 en la comprensión de sus ideas,
 en la propuesta exigente de metas y valores.

Queremos servirles
 con la pobreza de mi ser, con las capacidades
 que me has dado, con los deseos
 y sentimientos que fluyen en mí, con mi trabajo y mi descanso;

Queremos dar la vida,
 por ellos, con ellos, y en ellos.
 Ese es nuestro sueño,
 el que compartimos nosotros, hijos de Don Bosco,
 que te soñó y vivió tu sueño,
 consagrándose a la salvación de los jóvenes. Amén.

2. Reflexión

En la Biblia, lo mismo que en el imaginario popular, soñar es una realidad tan natural como ambigua: metáfora de la muerte (*Sal 13,4*) puede ser, también, fuente de energía y vida (*Dan 12,2*). No obstante, el hombre bíblico compartía con sus contemporáneos la certeza de que sueños y visiones eran modos normales – entre otros muchos, cf. *Heb 1,1*) – de recibir mensajes de los dioses. Tanto valoraban los sueños que inventarlos podría ocasionar la muerte.

Que el Dios de Israel aproveche el sueño de sus fieles para comunicarse con ellos era la consecuencia lógica de una certeza de fe: Dios no interrumpe su relación con sus creaturas, ni siquiera mientras duermen. Y es que solo Dios, guardián de Israel, que «*ni duerme, ni reposa*» (*Sal 121,4*), proporciona el pan a «*sus amigos, mientras duermen*» (*Sal 127,2*), a diferencia de los ídolos que «*dormitan*» cuando sus fieles más los necesitan (*1 Re 18,27*).

La tradición evangélica presenta Jesús proclamando el reino de Dios en parábolas y acercándolo con curaciones. No lo recuerda como un soñador; nunca menciona sus sueños³,

³ Ni Marcos, ni Lucas, ni Juan hablan de sueños durante el ministerio público de Jesús. El autor de Hechos prefiere guiar el crecimiento de la primitiva comunidad cristiana por medio de éxtasis o visiones: *Hch 2,17*; *9,10*;

aunque una vez se durmiera plácidamente en medio de una tormenta (*Mc 4,38; Mt 8,24; Lc 8,23*). Más aún, el Nuevo Testamento no menciona los sueños como lugar de encuentro con Dios ni como uno de sus modos de revelarse..., excepción hecha de Mateo⁴. El primer evangelista recurre al sueño como tiempo de revelación (*Mt 1,20; 2,12.13.19.22*). Y, no es indiferente, lo hace casi en exclusiva⁵ o antes del nacimiento de Jesús (*Mt 1,20.24*) o inmediatamente después de él (*Mt 2,12.13.19.22*).

El primer sueño de José (Mt 1,18-25)

De los cinco sueños que Mateo relata en el contexto de la niñez de Jesús, cuatro de ellos tienen a José como beneficiario de una sorprendente revelación angélica⁶: en el primero se le da a conocer el embarazo de «*María, su mujer*» (*Mt 1,21-24*); en el segundo, se le obliga a tomar «*al niño y a su madre*» y ponerlos a salvo de Herodes, huyendo a Egipto (*Mt 2,13-15*); en el tercero, se le impone volver a Israel con «*el niño y su madre*», pues habían muerto quienes atentaban contra la vida del niño (*Mt 2,19-21*); en el cuarto, aludido solo y silenciada la presencia del ángel, se le advierte que evite Judea, estableciéndose con su familia en Nazaret (*Mt 2,22-23*).

El primer sueño sigue el esquema básico de los relatos de anunciaciones (*Jue 6,11-14; Lc 1,5-25.26-38*). El relato, que se abre narrando con extrema sobriedad la iniciada maternidad de María y la lógica reacción de José, su prometido esposo, tiene como centro el sueño de José (*Mt 1,20-24*). Un ángel le anuncia la inesperada concepción del hijo de María, del que se afirma su origen divino (*Mt 1,20b-21*). Esta sorprendente afirmación viene convalidada con una cita bíblica a la que da cumplimiento: el Espíritu de Dios está en el origen de niño, cumpliéndose así la promesa (cf. *Is 7,14*).

¹⁸ «La generación de Jesucristo fue de esta manera:

María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. ¹⁹ José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. ²⁰ Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo:

“José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. ²¹ Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.”

10,3.11.17.19; 11,5; 16,9-10; 22,9 y 26,13, mencionan una luz y una voz. En *2 Cor 12,1-7* Pablo habla de visiones, revelaciones y raptos al cielo, que no sabe explicar, no de sueños.

⁴ Solo *Hch 16,9* recuerda la aparición de un macedonio a Pablo en una visión tenida durante una noche. Ni los sueños, ni su interpretación, son citados por Pablo como dones del Espíritu (*1 Cor 12, 4-11.27-30; 14,1-19*).

⁵ La única mención de un sueño ajena al relato de la infancia está en la crónica de la pasión: mientras juzgaba a Jesús, la mujer de Pilato le advirtió que: «*No te metas con ese justo porque esta noche he sufrido mucho soñando con él*» (*Mt 27,19*).

⁶ En *Mt 2,12* son los magos quienes reciben «*un oráculo en sueños*» que les hará volver a sus tierras sin informar a Herodes, como se esperaba de ellos (*Mt 2,8*). Los otros tres sueños de José tienen una formulación semejante: a) situación (*Mt 1,18-19; 2,13a.19a*); b) aparición angélica (*Mt 1,20a; 2,13b.19b*); c) mandato a José (*Mt 1,20b-21; 2,13c.20a*); d) explicación (*Mt 1,22-23; 2,13d.20b*); e) obediencia inmediata de José (*Mt 1,24; 2,14.21-22*).

²² Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por medio del profeta:

²³ “Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Enmanuel, que significa «Dios-con- nosotros»”

²⁴ Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer.

²⁵ Y sin haberla conocido, ella dio a luz un hijo al que puso por nombre Jesús.”

Una maternidad inesperada, ¡divina! (Mt 1,18b-19)

Sin rodeos ni eufemismos, con notable brevedad, Mateo centra su relato en la concepción virginal de Jesús. Al no presentar a María ni a José, parece suponer que sus lectores los conocen (cf. *Lc 1,26-27*). Estando María ya desposada con José, pero sin haber convivido aún, «resultó que ella esperaba un hijo – literalmente, se encontró encinta – por obra del Espíritu Santo» (*Mt 1,18.20*). La mención del Espíritu, agente de la acción divina que crea y da vida (*Gén 1,2; Ez 37,1-14*), excluye intervención de hombre; el hijo de María no es fruto de infidelidad conyugal, es una nueva creatura generada por el Espíritu creador (*Mt 1,18.20; cf. Lc 1,35*).

Jesús habría sido concebido en el período que debía transcurrir entre el enlace matrimonial mediante contrato y la cohabitación, que se iniciaba cuando el novio llevaba a casa a su prometida. No se nos dice cómo conoció José el embarazo de su esposa, ni mucho menos que pudiera sospechar la acción del Espíritu en ella, cosa que sí sabe el lector (*Mt 1,18*). El ángel se lo comunicará posteriormente, mientras dormía (*Mt 1,20*), penetrando con su voz “en la noche de su duda y de su decisión anterior (abandonar a María)”⁷. Y, mientras a María se le anunció la concepción de Jesús previamente (*Lc 1,31.33.34*), José se topó con la gestación ya iniciada: de María Dios se esperaba previo asentimiento; de José, solo obediencia ciega.

Que se percatara de la gravidez de su prometida solo «antes de vivir juntos» (*Mt 1,18*), hace probable que María no le hubiera desvelado su ‘secreto’, la implicación de Dios en su maternidad, lo que no le dejaba a José otra posible explicación que el adulterio. «Justo» como era (*Mt 1,19*), observante de la ley (*Lc 1,6*), decidió repudiar a María «en privado», sin exponerla al escarnio público. Que pensara abandonar en secreto a la prometida gestante hace probable que no era todavía de dominio público su embarazo o que, de serlo, José no deseara fuera condenada públicamente por adúltera⁸. En cualquier caso, él ya conocía el embarazo de su prometida y estaba seguro de que no era él quien lo había causado.

Pero, ¿cómo entender que tal resolución, que implicaba no cumplir la ley (*Dt 22,20.21*), fuera efecto y prueba de su justicia, por compasiva que se la suponga (*Mt 9,13; 12,7; cf. Sal 37,21*)? Como antes para Pablo (*Rom 3,20; Gál 2,16*), para Mateo la justicia no viene del cumplimiento estricto de la ley de Dios, sino de la permanente disponibilidad a hacer sobre todo la voluntad de Dios, incluso cuando se tuviera que conculcar o declarar vana su propia ley escrita (cf. *Mt 5,20-47; 12,1-8*). Si para Dios hay una justicia que nace de la fe (*Gál 2,16; 3,2.5*), en José

⁷ X. PIKAZA, “Mateo”, en *Diccionario de la Biblia. Historia y Palabra, Verbo Divino*, Estella, 2008, 624.

⁸ Repudiar a la esposa no era un asunto privado; estaba explícitamente contemplado en la ley: tanto en el caso de que un marido descubría que su esposa no era virgen y lo pudiera probar ante un tribunal (*Dt 22,13-21*), como en el de una joven virgen prometida a un hombre en matrimonio se acostara con otro, con pleno consentimiento (*Dt 22,23-24*), la esposa, conviviente o prometida, debía ser lapidada en público (*Jn 8,2-5*).

emerge otra que surge del propio discernimiento: “José interpreta la ley en línea con el mandamiento del amor”⁹ (cf. *Mt* 5,43-58).

¡Un Dios que revela su voluntad durante un sueño! (Mt 1,20-21)

Mientras José pondera lo sucedido, interviene Dios, no personalmente sino a través de la aparición de un ángel y en medio de un sueño. Y lo que se le revela echa por tierra los planes que él tenía. Aunque sea el modo usual de comunicar Dios sus decisiones en el relato mateano de la infancia de Jesús (*Mt* 2,12,13,19,22; a diferencia de *Lc* 1,12,26), el mensaje en sueños no es ciertamente la forma más imponente o irresistible de pedir algo especialmente duro, que acoja a la esposa encinta. Antes de confiarle su propio hijo, Dios pide a José que no dude en recibir a María, su esposa, porque porta en su vientre al hijo que le(s) ha dado el Espíritu.

Aún no ha dado a luz María a la criatura, José ha de acoger a su esposa en casa... y a un niño que no es suyo. La encomienda es doble: asegurar a la esposa una vida de familia y al niño el linaje davídico. Se le adelanta, incluso, el nombre que debe dar a «la criatura»: Jesús («Dios salva»; cf. *Éx* 17,9; *Eclo* 46,1). En el nombre, impuesto por Dios también, quedan identificados el programa de Dios y la misión del niño (cf. *Lc* 1,31). Poniéndole el nombre al hijo de María, José asume su paternidad legal (cf. *Is* 43,1); pero, en realidad, no ha sido él quien lo ha elegido, sino Dios, su Padre.

Solo después de imponer a José que acoja a su esposa, el mensajero de Dios le explica los hechos (¡!): desvela la procedencia divina del hijo de su prometida (de dónde viene: «del Espíritu Santo»), y la tarea que le ha sido encomendada (para qué viene: «salvará a su pueblo de sus pecados», *Mt* 26,28; cf. *Sal* 130,8), una liberación limitada a su pueblo y circunscrita a los pecados. No es lo que podría esperar ni José, ni, ciertamente, anhelaba Israel.

Lo sucedido estaba ya anunciado (Mt 1,22-23)

Que todo sigue un preciso plan divino queda confirmado con una profecía (*Is* 7,14). En torno al 734 a. C. (*Is* 7,1.16-17), Isaías había anunciado al joven rey Acaz que Dios le concedía una prueba, que él había rechazado pedir: el embarazo de su joven esposa de su primogénito. El profeta llamó al niño «Emmanuel», antes de nacer. Su nacimiento mostraría la intervención inesperada de Dios y asegurará el porvenir de la dinastía real.

José abandona su sueño para ponerse a obedecer (Mt 1,24-25)

José se despierta para realizar lo escuchado en sueños. Deja de soñar para hacer la voluntad de Dios. El texto no desvela sus sentimientos más íntimos, ni tampoco la más mínima resistencia (*Mt* 1,24). Al conocer que Dios, su Espíritu, había originado la vida del hijo de María obedece inmediatamente, por más increíble que le pudiera parecer cuanto se le había revelado. Y actuó poniendo en peligro su propia reputación, con el mayor de los respetos,

⁹ U. LUZ, *Matthew 1-7. A Commentary*, Fortress Press, Minneapolis, 2007, 95.

como alude Mateo con delicadeza, cuando añade que «*no la conoció, hasta que no dio a luz a un hijo*» (Mt 1,25): no tuvo relaciones conyugales durante todo el embarazo¹⁰.

Al poner al niño el nombre que le había indicado el ángel, José se presenta en sociedad – aceptando el mandato angélico – como padre de Jesús. Y es por un acto de obediencia de José – ¡José no ‘sabe’ más que obedecer en silencio (cf. Mt 2,13-15.19-21)! – por lo que Jesús puede ser considerado públicamente como descendiente de David, algo que le habría impedido su milagrosa concepción virginal.

José no hace más que reaccionar ante la intrusión de Dios en su matrimonio, sabiendo de ella cuando ya estaba realizada y aceptando los hechos sin demora. Despierto, reacciona ejemplar e inesperadamente: desiste de su primer propósito (Mt 1,19: «*repudiarla en secreto*»), acoge a su esposa encinta e impone al niño el nombre que se le había indicado (Mt 1,24.25). Opta, siguiendo el mandato del ángel, por seguir siendo legítimo marido de María y convirtiéndose en padre legal del niño.

Mateo presenta a José como indispensable en el proyecto de salvación: no solo acoge a la madre esposa y ejerce la paternidad legal del hijo, sino que lo hace descendencia de David, sin la cual no podría aspirar Jesús a presentarse como mesías y –*last not least*– posibilita al mismo Dios a hacerse presente en su *Emmanuel*, el hijo de María.

2.1. Dios necesitó una familia para hacerse hombre

Para salvarnos quiso Dios hacerse *como* nosotros. Ese fue su ‘sueño’. Que le impuso tener que ir *en busca de una familia* donde nacer y crecer como hombre. No se contentó con «*nacer de mujer*» (Gál 4,4). Se procuró una familia donde crecer «*en sabiduría, estatura y gracia delante de Dios y de los hombres*» (Lc 2,52). Su voluntad de hacerse humano obligó a Dios a convertirse en hijo: no solo se hizo hombre, tuvo que aprender a ser hombre *como nosotros*, recorriendo el mismo camino. De hecho, la mayor parte de su existencia la pasó en familia, de todos conocido en Nazaret como hijo de José (Lc 4,22; Jn 6,42), hijo de María, hermano de Santiago, José, Judas y Simón (Mc 6,3; cf. Mc 3,31-35; Mt 13,55; Hch 1,14; Gál 1,19; 1 Cor 9,5). Dios entró en nuestro mundo a través de una familia y desde ella se familiarizó con nosotros.

Los dos únicos relatos que anuncian el nacimiento de Jesús son, en efecto, la crónica de una inesperada vocación (Lc 1,26-38; Mt 1,18-25): Dios tuvo que “elegirse” unos padres para su Hijo. Pues, aunque María y José habían optado por crear una familia antes de conocer la llamada personal a ser la familia de Dios, ni uno ni otro pudieron imaginar siquiera que llegarían a ser madre/padre del hijo de Dios. Dios – ¿por qué no nos llamará la atención? – tuvo que anunciar a sus padres su propio nacimiento y convencer a María para que diera su asentimiento previo... Pero ordenó a José que acogiera «*a María, su mujer, y a la criatura que hay en ella*» (Mt 1,20).

Que Dios decida ser hombre haciéndose hijo pone de manifiesto su necesidad de acogida y manutención. Su empeño por hacerse hombre le obligó a buscarse unos padres. Para los elegidos ahijar a Dios supuso hacerle espacio en lo más íntimo de su relación matrimonial,

¹⁰ El evangelista no afirma, ni niega, que después las tuvieron: “solo quiere destacar que María, también en el nacimiento, era todavía virgen” (J. SCHMID, *El evangelio según san Mateo*, Herder, Barcelona, 1973, 67).

renunciando al propio proyecto de vida. ¿Quién tuvo que renunciar, la madre natural o el padre putativo, más para dar cabida al proyecto divino?

2.2. José, padre del hijo de Dios, por pura obediencia

El relato del anuncio del nacimiento de Jesús a José es fruto de elaboración literaria y teológica, dejando ver, además. Quiere anclar en Dios el origen del hijo de María (su «*génesis*»: cf. *Mt* 1,18), al tiempo que asegura la estirpe davídica a Jesús, incluso antes de nacer. Al narrador, además, le interesa responder indirectamente, mencionando el reparo de José a aceptar a su esposa María ya grávida (*Mt* 1,19-20), a objeciones que en ambientes judíos a él contemporáneos habría suscitado la afirmada concepción virginal de Jesús.

El hecho es que Dios descubre a José su plan, ya iniciado (*Mt* 1,18: «*antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo*»), durante un sueño (*Mt* 1,18.24). El sueño, y no un diálogo como ocurrió con María (*Lc* 1,28), es el modo habitual que Dios elige para desvelar a José su voluntad y conseguir su obediencia (*Mt* 1,20; 2,13.19). Dios le va a pedir a José, sin duda, más que a María: que acepte como hijo suyo un niño ya concebido, dándoselo a entender con menos claridad, imponiéndose con menos fuerza: el ángel se le apareció, mientras dormía.

El sueño, vehículo aquí de revelación de la voluntad divina, sigue a la constatación que José había hecho de que María, su prometida, está encinta: José 'sueña' lo que Dios quiere de él, después del shock que le produce la irrupción del Dios en su matrimonio: lo concebido en ella es obra del Espíritu (*Mt* 1,18.20; cf. *Lc* 1,35). Dios, que le ha 'usurpado' la paternidad sin su conocimiento... ¡y sin su permiso!, le pide ahora la aceptación del hecho consumado. Y para convencerlo, el ángel se apoya en cuanto ya había predicho Dios por boca del profeta: la doncella dará a luz un niño (cf. *Is* 7,14).

Justo como es, José hace lo que Dios quiere, no lo que él había ya pensado y hubiera querido. Recibe a María como esposa y a Jesús, como hijo propio. Y si en sueños Dios le manifestó su plan, José tendrá que despertar inmediatamente para realizarlo (*Mt* 1,24). Con el consentimiento de José, arrancado sin pruebas (cf. *Lc* 1,34-37), Dios se dotó de un padre para la familia, donde iba a crecer como hombre y seguir siendo hijo de Dios.

A María, la agraciada, el ángel – no cualquiera, Gabriel – le había prometido el Espíritu para que pudiera concebir permaneciendo virgen (*Lc* 1,28.35). A José, el justo, un ángel, sin mayor identificación¹¹, le manda que acepte a su esposa embarazada. La diferencia de trato es evidente, como lo son las consecuencias: a María se le anunció que Dios pensaba darle un hijo, a José; que el hijo al que debía apadrinar estaba ya en camino; acogiendo a su prometida grávida, José acogía en ella al hijo de Dios por nacer y para que, una vez nacido, cuidara de él.

La tradición evangélica, con tanta discreción como honestidad, no ha ocultado los hechos. María y José tuvieron que ver crecer un hijo en el que 'crecía' Dios, un niño que crecía mientras le 'crecía' la conciencia de ser hijo de Dios (cf. *Lc* 2,49-50) y renunciar a hacer de padres de Jesús para hacerse en él *creyentes* (cf. *Lc* 8,19-21). Pero la diferencia de trato fue notable: a María le habló un ángel cara a cara; a José, mientras dormía. María «*se levantó marchando*

¹¹ José no es el único: *el ángel del Señor* se presentó a Agar (*Gén* 16,7.9-11), a Abrahán (*Gén* 22,11.15), a Moisés (*Éx* 3,2), a Balaán y, antes, a su burra (*Núm* 22,22-27.31-35), a Gedeón (*Jue* 6,11-22), a los padres de Sansón (*Jue* 13,3-20), a Elías (*1 Re* 19,7; *2 Re* 1,3.15).

con prisas» a auxiliar a Isabel, cosa que no se le había ordenado (Lc 1,39-40); José se despertó para hacer «*lo que le había mandado el ángel del Señor*» (Mt 1,24). María hizo libremente un acto de caridad con Isabel; José, de obligada obediencia a Dios. Si la fe hizo bienaventurada a una María “despierta”, la pronta obediencia ratificó la justicia del José “soñador”.

3. Puntos para la reflexión personal

3.1. Soñemos el “sueño” de Dios

- José conoció en sueños el proyecto de Dios: hacerse hombre para salvar a los hombres. Y, cesando de soñar él, sacrificó su propio proyecto personal para permitir que Dios hiciera realidad su sueño.
- “Don Bosco se caracteriza entre los santos también por ser un soñador”¹². “El nombre de *don Bosco* y la palabra *sueño* son correlativos... Fue, en efecto, cosa admirable que, durante sesenta años, se repitiese en él este fenómeno casi continuamente”¹³. En sueños don Bosco conoció e hizo suyo el sueño de Dios, la salvación de la juventud.
- ¿Cuál es el sueño de mi vida? ¿Están Dios y su proyecto de salvación entre mis sueños? Como José, ¿dejo de soñar para hacerlos realidad?

3.2. Soñar para “apadrinar” – acoger, acompañar y guiar – a los hijos de Dios

- José, soñando, conoció el proyecto que Dios había concebido para él, que contrariaba sus mejores aspiraciones: acoger a la esposa, madre de un hijo que no era suyo, y apadrinar al hijo de Dios. Y dejó de soñar, para obedecer.
- “Don Bosco llevaba en su alma un único sueño... Todos los sueños de Don Bosco son, en el fondo, uno solo: tienen por objeto el mismo tema, modulado con diversas variaciones, la salvación de la juventud”¹⁴. Toda su vida no fue más que la realización de ese único sueño.
- ¿Me sé, me quiero, nacido en la Iglesia –y para ella– del sueño de un santo, llamado a prolongar la misión que Dios les confió en sueños a José, a don Bosco? ¿Sueño con esa *justicia/santidad* que se alcanza haciendo realidad el proyecto de Dios, que José escuchó - y don Bosco vio - en sueños? ¿Están los jóvenes, su bienestar y su salvación, presentes en mis sueños? ¿Son mi ‘único’ sueño?

4. Oración conclusiva

D.: Señor Jesús, amigo y hermano nuestro,

¹² E. VIGANÒ, *Un progetto evangelico di vita attiva*, LDC, Torino, 1982, 32.

¹³ *Memorias Biográficas de San Juan Bosco. I*, CCS, Madrid, 1982, 216.

¹⁴ NIGG, *Don Bosco*, 75-76.

T.: Queremos ser pastores, que velan por los suyos,
árboles frondosos, que den sombra
a quien ande cansado, fuente donde beba el sediento.

Queremos ser canción que inunde los silencios;
libro que descubra horizontes remotos;
poema que deshiele los corazones fríos;
papel donde todos puedan escribir su historia.

Queremos ser sonrisa en tiempos tristes,
y semilla que prende en terreno yermo.
Ser carta de amor para el solitario y grito fuerte para el sordo...

Pastor, árbol o fuente, canción, libro o poema,
papel, risa, grito, carta, semilla...
Lo que tú quieras, lo que tú nos pidas, lo que tú sueñes, Señor...
Como tú nos sueñas, Señor, eso queremos llegar a ser.
Suéñanos, Señor,
y despertaremos para vivir tu sueño. Amén

Formación

El ministerio presbiteral, en la encrucijada¹⁵

Ángel Cordovilla Pérez¹⁶

¿Cuáles son los problemas y los desafíos a los que se enfrentan los presbíteros en la actualidad? ¿Cuál es su situación en la sociedad y en la Iglesia? ¿Cómo podemos describir las cuestiones fundamentales a las que se enfrentan? La palabra “encrucijada” puede sintetizar de forma certera y ajustada la situación actual que nos ha tocado vivir a los presbíteros en la Iglesia, al menos en lo que conocemos como mundo y cultura occidental.

Si echamos una ojeada a las últimas publicaciones sobre la vida y el ministerio de los sacerdotes, hay otros títulos más radicales aún que hablan de fractura y de desencanto, de “sacerdotes rotos”, según ha escrito recientemente el obispo francés Gérard Daucourt. Yo mismo en otro lugar he hablado de “escisión antropológica” para poner de manifiesto la tensión interna que se produce en nuestro ser humano y en nuestra realidad antropológica ante el influjo de las actuales corrientes culturales que inciden en nuestra personalidad y en nuestra vida.

He escogido el término “encrucijada” en el sentido de que hemos abandonado un estatus de seguridad y comodidad para colocarnos en una cierta situación de perplejidad, de encrucijada, de cruce de caminos. En realidad, no es una situación ajena a lo que vive toda la Iglesia y a todo cristiano que forma parte de ella. La vida cristiana es compleja y está llena de incertidumbres; parece que estuviera representada en un lienzo con la conocida técnica de claroscuro en la que Caravaggio se consumó como verdadero maestro y genio de la pintura renacentista y barroca al pintar La vocación de San Mateo. En realidad, uno se pregunta si en algún momento de la historia ha sido de otra manera. En otras palabras, si la encrucijada no es la condición habitual de ser en el mundo: como criaturas; como cristianos; como sacerdotes. Porque precisamente encrucijada significa cruce de caminos, es decir, vivir entre dos mundos que se cruzan y entrelazan.

Ya la Primera carta de Pedro fue consciente de esta situación connatural de la vida cristiana al comenzar con estas palabras su carta dirigida a los cristianos diseminados por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia que viven en una diáspora sin patria: “A los elegidos por Dios que

¹⁵ Pliego en la revista ‘Vida Nueva’, núm. 3.336 (14-20 de octubre de 2023).

¹⁶ Universidad Pontificia Comillas de Madrid.

peregrinan en la diáspora” (1 Pe 1, 1). Los cristianos tenemos nuestro origen en Dios, en su voluntad amorosa que nos elige gratuitamente y nos llama a ser sus hijos; mientras peregrinamos en este mundo diseminados por toda la faz de la tierra, como forasteros y sin morada permanente. Posteriormente, a finales del siglo II, en una obra dirigida a un personaje desconocido llamado Diogneto, un escritor anónimo se hacía eco de esta misma situación de los cristianos en el mundo al escribir: “Ellos habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte de todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña”. Esta verdad de naturaleza escatológica es, en realidad, la raíz última de nuestra existencia en la encrucijada, por más que las circunstancias históricas y culturales nos conduzcan a vivir esta situación desde una determinada perspectiva.

Veamos ahora algunos aspectos concretos de la vida del ministerio presbiteral que nos permiten descubrir mejor esta encrucijada en la que estamos y que se corresponde con la verdad de nuestro ser.

1. En la encrucijada de la existencia

La primera encrucijada se refiere a la propia vida. No es en el ámbito teológico, en el mundo teórico o de las ideas, donde se encuentra hoy el desafío más importante en torno al ministerio presbiteral en la Iglesia. Es obvio que en cualquier manual o en determinados textos escritos pueden encontrarse discusiones en torno a la sacramentalidad del ministerio; su fundamento ontológico en Cristo; su necesaria radicación eclesiológica; la especificidad de la espiritualidad presbiteral. Creo más bien que, desde el Concilio Vaticano II hasta la actualidad, tenemos una de las mejores síntesis teológicas y espirituales en torno al sacerdocio ministerial, que la mayoría de los teólogos –y especialmente los presbíteros– tenemos suficientemente claro. Si en los años 70 la Iglesia tuvo que atender a una verdadera crisis de identidad que tenía en la teología del ministerio su centro y clave, hoy creo que se trata más bien de una crisis pastoral y existencial, más dependiente del cambiante contexto cultural y social en el que vivimos.

A mi juicio, la cuestión no es qué es el ministerio en abstracto; o en qué consiste el ser y la misión del presbítero, sino en esto mismo, pero encarnado y realizado hoy. El adverbio es decisivo, pues la cuestión fundamental no es tanto teórica, sino más bien su realización histórica en un tiempo en el que el mundo ha cambiado profundamente, especialmente en la relación que el hombre instaura con Dios y en un contexto social en el que la Iglesia ha dejado de ser una institución dominante de la vida pública. Quizás en ningún otro momento de la historia de la Iglesia vivimos en la paradoja de tener una de las mejores reflexiones teológicas y espirituales sobre el ministerio apostólico sacerdotal en una situación personal e institucional de gran debilidad. En este sentido, hoy, la cuestión decisiva es esta: ¿habrá personas e instituciones que puedan corporeizar de forma visible y significativa la llamada de Jesús a ser sus apóstoles y discípulos, enviados en su misma misión, para que él se haga presente como cabeza de la Iglesia y Salvador del mundo en medio de los hombres?

En otros momentos de la historia de la Iglesia ha sucedido precisamente lo contrario. Era la vida concreta y la existencia de algunos sacerdotes santos y misioneros la que llevaba más allá a una teología del ministerio que no estaba a la altura de sus vidas, anhelos, ilusiones... Pienso, por ejemplo, en Manuel Domingo y Sol y Pedro Poveda, presbíteros diocesanos y fundadores de los Operarios y la Institución Teresiana, respectivamente. Hoy, sin embargo, nos volvemos a la mejor teología conciliar y sus desarrollos posteriores, y hay que reconocer que siguen

siendo un horizonte válido que tira de nosotros hacia las más altas realizaciones de nuestra vida y ministerio. Siguen siendo texto y espíritu para la renovación y reforma de nuestra vida.

2. En la encrucijada de la cultura poscristiana

La segunda encrucijada nace del nuevo lugar que Dios y su Iglesia poseen en una cultura poscristiana. Aunque nunca la fe en Dios ha sido el resultado fácil hacia el que ha desembocado una determinada cultura o contexto social, hoy se nos hace especialmente evidente que la percepción de Dios ha desaparecido del horizonte de la vida humana. Por mucho que de una u otra forma la cuestión de Dios haya vuelto a hacer acto de presencia en el debate cultural, nuestra cultura occidental europea ya no es cristiana. Que el proceso de secularización vivido en nuestras sociedades no haya traído consigo la total desaparición del hecho y del fenómeno religioso de la vida personal y del espacio público, no significa que la cultura se haya cristianizado o se vaya a recristianizar. Más bien, pone de relieve que el paradigma fundamental para entender el hecho religioso es el pluralismo en una sociedad postsecular, como ha señalado en sus últimas investigaciones el sociólogo de la religión Peter Berger.

Digamos que para describir la relación de la cultura actual con el fenómeno religioso y la cuestión de Dios no nos sirve una descripción simple y sencilla como de confesional o atea, sino que la realidad es bastante más compleja, difusa y cambiante. Pero más allá de la constatación de esta situación indefinida y ambigua respecto del hecho religioso, podemos decir que el cristianismo ya no es la cosmovisión fundamental desde donde se comprende el mundo o el sustrato desde el que se construye. La progresiva secularización y autonomía que han ido adquiriendo las distintas formas de saber y de la ciencia ha terminado por afectar a la comprensión del mundo en su totalidad. Hay una conciencia de que vivimos en un mundo poscristiano en un sentido de posterioridad temporal, en la medida en que el humus cultural en el que ahora estamos es cronológicamente posterior al que estaba dominado por la cosmovisión cristiana; pero también adquiere un sentido de posterioridad crítica, en la medida en que este tiempo actual se construye en reacción adversa frente al cristianismo.

En este tercer milenio en el que nos encontramos podemos decir que se ha producido una radical “crisis de Dios”. Esta ha afectado en gran medida a la vivencia y realización del ministerio apostólico, pues si este tiene un significado y un sentido hay que remitirlo precisamente a esta raíz teologal. Oscurecida la presencia de Dios en el horizonte cotidiano de la vida de los hombres y prácticamente desaparecida del contexto social, ¿cómo podemos justificar la razón de nuestro ser y, ante todo, cómo podemos vivir gozosamente nuestra misión singular y específica de ser testigos de Dios y hombres del misterio? Si hoy somos conscientes de la extrañeza que supone la revelación de Dios ante una cultura poscristiana y una mentalidad cientificista como la nuestra, debemos asumir, entonces, que aquellos que somos sus representantes y sus testigos, ya sea desde el sacramento del bautismo o desde el sacramento del orden, quizá también tengamos que compartir un cierto exilio y extrañeza cultural.

Debemos aceptar vivir en esta encrucijada radical que nos sitúa entre Dios como horizonte y fundamento de nuestra existencia y vocación, y su oscurecimiento y falta de protagonismo en la cultura actual. Es obvio que esta situación se convierte en un verdadero acicate y desafío para nuestro ser y nuestra misión en el mundo. No somos los representantes de una institución que hay que mantener como si fuéramos los funcionarios de lo sagrado y los responsables de proteger viejas tradiciones. Hemos sido escogidos para invitar, provocar y acompañar a otros hombres para que se encuentren personalmente con quien es el fundamento y el centro más

íntimo de la vida humana; el misterio personal en el que cumplir y realizar la vocación única del ser humano. Por esta razón, urge comprender al presbítero ante todo como el signo y memorial de Dios en un mundo que prácticamente vive como si Él no existiera.

3. En la encrucijada de la antropología actual

La tercera cuestión que hoy me parece determinante en la vivencia concreta del ministerio es el anclaje o fundamento antropológico de la existencia sacerdotal en una cultura que ha puesto en crisis la antropología clásica. Este es precisamente uno de los ámbitos donde se puede percibir mejor la profunda transformación que estamos viviendo en la sociedad. La cuestión antropológica es el centro del debate en la mayoría de los asuntos decisivos que son objeto de discusión en la actualidad. ¿Qué es el ser humano? Un animal evolucionado; una máquina sentiente; una especie que pone en peligro el hábitat en el que se encuentra; un mamífero agraciado... ¿Cuál es su origen? ¿De dónde viene? Es fruto sin más de la evolución; es el resultado incomprensible de un proceso azaroso; es el resultado a la vez de una voluntad amorosa creadora y de un largo proceso evolutivo. ¿Cuál es su constitución fundamental? Es un conglomerado de material químico y biológico; es un ser material que ha llegado a la conciencia de sí; es un ser vivo libre y responsable con capacidad de dar razón del mundo y de sí mismo... ¿Cuál es su destino y su futuro? La desaparición total de su ser en la muerte como final; las sucesivas reencarnaciones hasta el nirvana; la vida eterna en Dios. Cuestiones como el aborto, la eutanasia, la eugenesia, la ideología de género, la realidad social del matrimonio y la familia, el transhumanismo, tienen en la comprensión del ser humano el nervio fundamental.

La vida humana como vocación

Pensando ya más en el ámbito concreto de nuestra reflexión sobre el ministerio, podemos decir que el contexto actual pone en crisis fundamentalmente la comprensión de la vida como vocación y, dentro de ella, la dificultad para comprender una vocación trascendente con unas características –que podemos describir como sacramental, célibe, fraterna y permanente– que tienen un difícil encaje en las tendencias fundamentales de la cultura actual. Quizá por ello también se convierte en una opción contracultural y profética que puede ser valorada positivamente y vista con agrado en determinados ambientes juveniles. Pero, en mi opinión, aquí está la cuestión más radical y quizás una de las causas de la escasez de las vocaciones que vivimos en la actualidad.

Se habla de la desafección a la Iglesia o de la mala fama que tiene ante los jóvenes como una institución vieja y retrógrada; también se afirma, con razón, la falta de vitalidad de fe de las comunidades y las familias cristianas, que –exceptuando la de ciertos grupos en la Iglesia– son incapaces de generar vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa, incluso ya a la vida matrimonial. Pero hay un desafío todavía más radical. La vida humana no se comprende como una vocación ni, menos aún, como una vocación que tiene su origen fuera de uno mismo: el misterio de Dios; y su fin, más allá de lo propio: el reino de los cielos.

La dificultad para la trascendencia, la alteridad, la universalidad que forman parte esencial de la vocación cristiana, en general, y la sacerdotal, en particular, están en la base de las causas de la escasez de vocaciones y de los problemas fundamentales en la formación sacerdotal. La

trascendencia de Dios como fuente y la universalidad de la humanidad como destinatarios son las claves fundamentales desde donde hay que comprender esta vocación.

Cuatro desafíos antropológicos

En este horizonte de problemas y con este trasfondo, quiero destacar cuatro cuestiones fundamentales que repercuten en la visión antropológica y, así también, en la existencia del presbítero:

1. Uno de los cambios más visibles y significativos que hemos experimentado en la vida cotidiana está relacionado con la transformación digital y tecnológica. Tendemos a pensar que son cambios que suceden fuera de nosotros, en las cosas que están a nuestro alrededor; sin embargo, hay que preguntarse qué significan estos desarrollos tecnológicos desde un punto de vista antropológico. Si el uso de las manos ha configurado nuestro cerebro, cultura y lenguaje, es obvio que la tecnología también lo hará planteándonos cuestiones antropológicas cruciales. La más importante y radical es nuestra comprensión del cuerpo humano, que después repercute en la concepción de la economía sacramental que tiene en la materialidad y corporalidad su quicio y su clave, repercutiendo finalmente en nuestra existencia sacerdotal. El cuerpo humano, en su dimensión física, biológica, psicológica y espiritual, es una realidad fundamental en las relaciones personales y en la vida social. Lo digital ayuda, pero no sustituye. Porque los hombres somos seres esencialmente corporales y las relaciones que nos constituyen no son relaciones ideales o virtuales, sino físicas y presenciales, nos constituyen en nuestra realidad humana como criaturas empáticas, sociales y relacionales por naturaleza. Pensemos ahora en nuestro ministerio. El cuerpo de Cristo en cuanto encarnado; su Cuerpo que es la Iglesia; y la prolongación de esta economía encarnativa en la economía sacramental hace que la realidad material y corporal para la vida de la Iglesia no pueda ser sustituida por ninguna otra realidad: ver, oír, tocar, oler, sentir... son verbos que nos traducen acciones fundamentales de la vida humana y de la real experiencia de la salvación que constituyen el componente esencial de la liturgia y de la pastoral de la Iglesia. En el ministerio pastoral y en la vida de los presbíteros no podemos vivir al margen de la renovación tecnológica que se está produciendo, aun cuando debemos ser conscientes de las dificultades que nos plantea para nuestra comprensión como “sacramento de Cristo” y para el ejercicio encarnado y solidario del ministerio.

2. La progresiva descorporalización del ser humano por la transformación digital y tecnológica lleva unida la des-sexualización o trans-sexualización de la naturaleza humana. Separada la sexualidad de la naturaleza humana, esta se convierte en una cuestión opcional que el sujeto decide desde su propia experiencia subjetiva. No hay un orden natural objetivo que determina la sexualidad del ser humano, sino un sujeto que decide qué género “tener”. Es obvio que la sexualidad no puede ser reducida a la dimensión biológica del ser humano, pero la ha de comprender. Desde ella se ha de integrar después la dimensión psicológica e incluso la espiritual, que finalmente, juntas, conforman la constitución sexual del ser personal. En la antropología cristiana, la alteridad y la relación, expresadas en la diferencia sexual varón-mujer, son elementos constitutivos de nuestro ser personal, a imagen de las personas divinas, para quienes “no ser” no constituye ningún tipo de carencia (Gregorio Nacianceno). La plenitud no está en ser todo o poder serlo todo, sino en la identidad propia que me abre a la relación con quien es precisamente distinto y diferente, y en cuya alteridad me plenifica y complementa. Este orden creacional funda también el orden sacramental, que –recordemos– está en la base de

la comprensión de la ordenación presbiteral a un bautizado varón y célibe.

3. El tercer reto a nuestra vida desde el punto de vista antropológico es el individualismo. El hombre antiguo solamente se comprendió como miembro de una familia, comunidad, colectividad, mientras que el hombre moderno se ha comprendido a sí mismo como individuo único e irrepitible, como absoluto en sí mismo que no puede ser absorbido por ninguna institución o colectividad. Desde el Renacimiento y el giro antropológico de la Modernidad, todo ha girado en torno al individuo. Es obvio que este giro moderno ha sido en muchos aspectos un avance en el reconocimiento de la dignidad inalienable de la persona humana. Pero ha dejado aspectos esenciales en la sombra que es necesario recuperar, como la solidaridad, la relación, la fraternidad y la amistad social (Fratelli tutti). Este individualismo exacerbado se ha introducido en la vida de la Iglesia y choca frontalmente con la comprensión del presbítero como ser de fraternidad, hermano entre hermanos, base de la colegialidad y sinodalidad en la forma de gobierno y de vivir en la Iglesia. El ministerio ordenado se da en la Iglesia y en una forma constitutivamente eclesial. El cuidado y la comprensión profunda del lugar concreto de la vivencia del ministerio (Iglesia) y las relaciones fundamentales que lo constituyen se convierte en una tarea decisiva en el futuro (crisis pastoral).

4. El último desafío sobre el que quisiera reflexionar es la fragmentación. Muchas son las causas por las que la comprensión unitaria del ser humano se ha hecho añicos. Hasta no hace mucho, la unidad era comprendida como una realidad eminentemente positiva. La unidad de destino de la humanidad; la unidad de un continente, de un país... De repente, hemos vivido un vertiginoso proceso de afirmación de la identidad singular, poniendo todo el énfasis en el pluralismo y, más aún, en la división y fragmentación. Nada permanece, sino que todo cambia de forma permanente. Paradójicamente, de lo que único que podemos estar seguros es de este cambio continuo (Heráclito). Frente a la unidad y estabilidad de tiempos anteriores (Parménides-Platón), hoy se valora especialmente la capacidad para este cambio acelerado. En principio, no hay nada que objetar a esta nueva visión de la vida, pero tiene sus riesgos, y uno de los más importantes es el de la fragmentación, especialmente la fragmentación del yo. Desde este panorama, hay que decir que no es fácil asumir un proyecto de vida como el ministerio presbiteral, que ha de estar profundamente arraigado en la existencia personal; debe ser capaz de dar unidad a la totalidad de las dimensiones humanas (unitario) y, ante todo, ser válido y coherente durante el transcurso de toda la vida (permanente).

No podemos olvidar que la realidad antropológica que somos, con las influencias culturales y sociales que vivimos, es la base fundamental de nuestro camino de seguimiento detrás del Señor. No podemos, ni debemos, escapar de ellas. Primero, porque sigue siendo verdadero el axioma medieval clásico de que “la gracia. no anula la naturaleza, sino que la asume, la purifica y la perfecciona”. Segundo, porque fue el camino que Dios escogió para nuestra salvación: el misterio de la encarnación de su Hijo. Y, finalmente, porque es la base de la economía sacramental. Conocer y asumir, por tanto, nuestra realidad humana es un deber, no solo de forma general y abstracta, sino de manera concreta y personal.

4. En la encrucijada de una Iglesia comunión y sinodal

La cuarta encrucijada remite al interior de la vida de la Iglesia. Se trata del aprendizaje para ser apóstoles en una Iglesia que es misterio de comunión. Hablo de aprendizaje porque no es fácil invertir una tendencia que durante siglos nos había llevado a vivir un ministerio sacerdotal en referencia al ministerio mismo (clericalismo) y no al pueblo sacerdotal como hizo certeramente el Concilio Vaticano II (LG 10b). La cuestión es cómo vivir y realizar el ministerio sin abdicar de la autoridad apostólica que nace del sacramento del orden, por un lado; en una Iglesia que esencialmente es misterio de comunión, en la que los cristianos tenemos la misma dignidad y somos llamados a la misma santidad desde el sacramento del bautismo, por otro. La reforma de la Iglesia y de sus estructuras que haga más visible su misterio como comunión y fraternidad ha provocado, con razón, un camino hacia una Iglesia más participativa en el ejercicio de su gobierno y en su misión en el mundo. Todo aquello que nos ayude a la conciencia de fraternidad y a la implicación de cada bautizado en el ser y la misión de la Iglesia ha de ser alentado y favorecido.

Todo el Pueblo de Dios es corresponsable de la vida y misión de la Iglesia

Hay que acoger con agrado, y no como una amenaza, que fieles laicos tengan puestos de responsabilidad y de gobierno en la Iglesia; o que en el Sínodo en curso puedan tener voz y voto en los temas que deliberen los padres sinodales sobre la vida de la Iglesia. Se trata de un paso significativo en la manifestación concreta del misterio de la Iglesia como comunión. La capacidad de los laicos para desempeñar oficios y funciones de la vida de la Iglesia, y para gozar de la necesaria potestad de gobierno o de jurisdicción para poder ejercerlos, se basa en la participación en la misión de Cristo que tienen todos los fieles en virtud del sacramento del bautismo y de la confirmación (CIC 129 §2; 230 §3; ChL 23). Los laicos no son simplemente “colaboradores” del ministerio presbiteral, sino plenamente corresponsables del ser y del quehacer de la Iglesia, de su vida y su misión. Hacer posible esta verdad eclesiológica fundamental no solo hay que aceptarlo como un signo de los tiempos, sino que alentarlos y promocionarlos forma una parte principal e ineludible del ejercicio de nuestro ministerio. Lo dice *Lumen gentium*, la constitución dogmática conciliar sobre la Iglesia: “Los pastores saben que no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos la entera misión salvífica de la Iglesia en el mundo, sino que su eminente función consiste en apacentar a los fieles y reconocer sus servicios y carismas, de suerte que todos, a su modo, cooperen unánimemente en la obra común” (LG 30). A juicio de su redactor, Gérard Philips, recuperar esta estructura carismática de la Iglesia, y acompañar y discernir los carismas suscitados por el Espíritu en los creyentes, era un elemento clave de la renovación de la vida de la Iglesia según el Concilio y, obviamente, lo sigue siendo hoy.

La eclesiología bautismal, base fundamental desde la que se ha de entender la pertenencia y la dignidad de todo miembro del Pueblo de Dios, ha de articularse con la diversidad de los carismas dentro de ella, entre los que destaca el ministerio apostólico como expresión de la alteridad y precedencia de la gracia de Cristo respecto de su Iglesia. Si hay una comprensión verdadera del consenso en el seno de la Iglesia desde la acción del Espíritu en ella, que le abre a nuevas formas y expresiones de la doctrina y la vida cristiana, este ha de ensamblarse con la continuidad esencial en la verdad de la fe apostólica que remite a los orígenes fundantes de la Iglesia. Consenso y verdad; actualidad y origen; comunidad y apóstol; Espíritu y Cristo son dos realidades esenciales en el cristianismo que se co-determinan la una a la otra. En la encrucijada

de ambas realidades esenciales en la vida de la Iglesia, se sitúa precisamente la existencia concreta del presbítero en un ministerio que no puede faltar si la Iglesia quiere permanecer en la verdad y ser fiel a su origen.

Autoridad apostólica y comunión eclesial

En los presbíteros se produce una tensión interna de tener que vivir en esta Iglesia fraterna y comunitaria con la misión apostólica compartida con los miembros del presbiterio y en colaboración con el ministerio de los obispos. Y por mucho que vivamos y desarrollemos la igualdad radical de todos los miembros de la Iglesia, no podemos hacer dejación de esa autoridad que nace del sacramento del orden recibido que nos configura con Cristo, cabeza y pastor de la Iglesia. Es evidente que esta ha de ser vivida a ejemplo de la autoridad de Cristo, que no vino a ser servido sino a servir, pero la representación del Señor como cabeza de la Iglesia, dándose a sí mismo por ella, no puede reducirse exclusivamente a la acción sacramental, es decir, a la celebración de los sacramentos, especialmente de la penitencia y la eucaristía, que quedan excluidos de la presidencia por quien no participe del ministerio ordenado. Esto significaría una vuelta a una comprensión reductiva del sacerdocio, entendido exclusivamente como ordo y no como missio, tal y como lo entendió el Concilio Vaticano II ampliando la perspectiva de Trento, focalizada en su respuesta a la controversia con la teología protestante.

La teología y la pastoral habrán de profundizar en la posibilidad de la participación de los laicos en el gobierno y la vida de la Iglesia desde la raíz sacramental del bautismo, pero esto no puede significar el vaciamiento de hecho de la autoridad apostólica que nace del sacramento del orden en el anuncio del Evangelio y en la guía y conducción del Pueblo de Dios hacia el Reino. La dimensión profética de la palabra y la dimensión pastoral de la precedencia y guía de la comunidad cristiana, junto con la dimensión sacramental, están vinculadas esencialmente a su carisma y no se pueden separar, ni aislar.

5. En la encrucijada de la situación pastoral

Finalmente, la quinta encrucijada se refiere a la vida pastoral de la Iglesia y al enraizamiento del ministerio presbiteral en unas estructuras pastorales nuevas que respondan a la situación de diáspora que vive la Iglesia en la sociedad, en un contexto histórico de adelgazamiento de las comunidades cristianas y en una alarmante escasez de clero ante el “invierno” vocacional en el que vivimos en estas latitudes de la Iglesia. Hoy nos toca ser curas tal como nos pidió el Concilio: discípulos del Señor; apóstoles enviados por él a su misma misión; hermanos entre hermanos, formando parte de la comunión de la Iglesia, en relación con el obispo, con el presbiterio, con todos los fieles del Pueblo de Dios; hombres, siendo solidarios con los hombres y sirviéndoles desde la espiritualidad del samaritano y del Buen Pastor; pero en un momento de gran debilidad eclesial, si miramos hacia dentro de la vida de la Iglesia y de sus estructuras, y en un contexto de una gran insignificancia hacia fuera en la vida social.

Cambio y transformación de las estructuras pastorales

La ordinaria estructura pastoral de la vida de la Iglesia pivota sobre la parroquia y la práctica sacramental que acompaña la vida de los creyentes en sus etapas más importantes y significativas. Esta realidad ha hecho que durante siglos la Iglesia y sus ministros hayan estado presentes en la vida de los hombres de una forma sencilla, habitual, cotidiana, diríamos que casi espontánea. Pero hoy, desgraciadamente, este entramado se ha roto. La parroquia con su ordinaria práctica sacramental no se ajusta ya al ritmo de vida de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, generándose de esta forma una presencia del presbítero en la vida de la sociedad más bien de forma esporádica y extraordinaria. La tarea habitual del presbítero como párroco de una parroquia en una sociedad estática y eminentemente rural (de mentalidad, no de espacio físico) hoy ya no se ajusta a las necesidades de nuestro tiempo, más dinámico y menos vinculado al espacio territorial. Hay que ser flexibles y creativos para alentar diferentes formas de ser presbítero en la comunidad eclesial, para llevar adelante la misión de la Iglesia y hacernos presentes en el corazón del mundo.

Aggiornamento en un momento de debilidad personal e institucional: audacia, paciencia y agradecimiento

Debemos ser conscientes de que el aggiornamento que significó el Concilio Vaticano II fue asumido en la vida de la Iglesia en un momento en el que dentro de ella había una fuerte vitalidad, en calidad y en cantidad. Hoy, por el contrario, asistimos a este período de necesaria reforma y de nueva evangelización en un momento de gran debilidad. Precisamente en esta situación en la que vivimos, hay que ser audaces para optar por las realidades que son absolutamente esenciales y necesarias para nuestra misión y abandonar otras, que hemos ido adquiriendo a lo largo de los años de manera subsidiaria y secundaria y que ya no tenemos la capacidad para poder mantener y desarrollar. Puede que esto nos duela y cause perplejidad, porque nos parece que es una pérdida de poder y relevancia, pero quizá sea el paso necesario para lograr una Iglesia más apostólica y misionera, cuadro fundamental para entender el ministerio presbiteral y la teología sacerdotal. Es obvio que hay que saber vivir en este entretiem po en el que, poco a poco, va desapareciendo una forma histórica de la Iglesia de siglos pasados y se va alumbrando una nueva forma de ella en esta sociedad post-secular y post-cristiana. En este orden las decisiones radicales nunca han sido del todo fecundas. Más bien, hay que ejercitarse en la paciencia de la maduración con la máxima de que es mejor sumar que restar; permanecer en la comunión que romperla por celos excesivos por una autenticidad que muchas veces se trata más bien de una identidad social históricamente construida.

Finalmente, haciendo memoria y siendo conscientes de esta historia postconciliar, hay que ser generosos y agradecidos con tantas generaciones de sacerdotes ya mayores que han estado en primera línea desde los años 70-80 hasta hoy y que han acompañado a la Iglesia en su camino con la entrega silenciosa de la vida. En este sentido, me parece injusto que las personas que nos representan en las más altas jerarquías y que son nuestros superiores legítimos se refieran a nosotros, los presbíteros, casi siempre en términos negativos (al menos, desde la percepción que nos dan los medios de comunicación y sus declaraciones esporádicas): “que si hay que acabar con el “carrerismo”, el “clericalismo”, los “abusos de poder y de conciencia...”. Es obvio que estos pecados y crímenes se han dado y, desgraciadamente, se dan dentro del presbiterio en la vida de la Iglesia; y que debemos poner todo nuestro empeño en erradicarlos, pero quizás en estos momentos de encrucijada y de intemperie no necesitamos que

continuamente nos pongan un espejo para que veamos o recordemos nuestra fealdad y nuestro pecado, sino más bien modelos que nos alienten para vivir con mayor ardor, fidelidad y alegría el ministerio al que fuimos llamados, y volvamos a descubrir, si es que la hemos perdido, la belleza de ser sacerdotes.

Las crisis, las encrucijadas, las situaciones complejas son la forma concreta como Dios nos llama de nuevo a renovar nuestro amor a Él y a nuestros hermanos. Que Él nos conceda la luz y la sabiduría, la fuerza y el aliento, que no es otra realidad que su Espíritu, para seguir nuestro caminar fiel y gozoso en medio del mundo.



Comunicación

Manipulación y desinformación: *Fake news* y *deepfakes*

Dicasterio Comunicación Social

Introducción

Los modernos medios de comunicación ofrecen al mundo un rápido intercambio de información. Hace unas décadas, este proceso solo existía en el ámbito de la ciencia ficción, pero hoy -por poner un ejemplo- puede compararse a la velocidad de la luz. Las noticias, para las que los destinatarios solían esperar varias horas o días, están ahora disponibles en segundos - y con la máxima calidad de imagen y sonido. La velocidad y la tecnología de la difusión de noticias también han dado lugar a muchos intentos de distorsionar o incluso tergiversar profesionalmente la realidad. Muchas noticias contienen elementos parciales o totalmente distorsionados y los hechos pasan a menudo a un segundo plano¹⁷.

Las noticias falsas y los *deepfakes*, como se les llama, son un rasgo significativo de la llamada posverdad, es decir, una realidad parcialmente creada por los medios de comunicación que provoca malentendidos en la esfera pública. A las generaciones más jóvenes les resulta especialmente difícil distinguir entre ficción y falsedad. Los "nativos digitales" son excelentes usuarios de las redes sociales, pero cuando se trata de evaluar la veracidad de la información que fluye por estos canales, se dejan engañar fácilmente¹⁸. Incluso a los consumidores maduros de mensajes mediáticos les resulta difícil distinguir las mentiras y falsedades de la verdad, ya que los comportamientos manipuladores evolucionan y son cada vez más sofisticados (diversos tipos de manipulación mediante inteligencia artificial).

Noticias falsas

El desarrollo de Internet ha hecho que en el mundo actual el usuario pueda encontrar la mayoría de los hechos en línea, pero también mucha información falsa, o *fake news*. Las noticias falsas son material preparado deliberadamente que, en principio, pretende engañar al receptor; es falso,

¹⁷ Anthony Le Duc, La comunicación de la Iglesia católica en la era de la posverdad: dimensiones intrarreligiosas e interreligiosas, 2019, <https://ssrn.com/abstract=3335641>, 1.

¹⁸ Ibid, 3.

inexacto y no se corresponde con los hechos. Las noticias falsas como desinformación afectan negativamente a la confianza del público en un determinado medio de comunicación.

El informe Newseria ofrece la siguiente definición de *fake news*: "(...) información publicada por los medios de comunicación, que da la impresión de estar verificada y describe hechos, pero que en realidad engaña al público dando crédito a la información no confirmada, a los datos y a las fuentes no verificadas que contiene".

Los investigadores Johnny Botha y Heloise Pieterse distinguen los siguientes tipos de noticias falsas:

Clickbait: incluye mensajes inventados deliberadamente para conseguir más visitas a la web y aumentar los ingresos publicitarios de los sitios web.

Sátira/parodia: mensajes creados con fines puramente de entretenimiento, sin intención de causar daño alguno, que pueden inducir a error al lector.

Falsa conexión/titulares engañosos: se refiere a noticias o artículos con contenido veraz y preciso, pero que utilizan titulares engañosos o sensacionalistas.

Propaganda: se refiere a las noticias creadas deliberadamente para engañar al público o promover un punto de vista sesgado.

Noticias sesgadas: Incluye noticias que se basan en los prejuicios y creencias de los receptores.

Sloppy (descuidado) journalism/error: incluye noticias creadas usando información poco fiable o fuentes poco fiables que pueden inducir a error a los consumidores.

Noticias manipuladas: se refiere a las noticias que manipulan el contenido de historias verdaderas y objetivas para engañar a los lectores.

Noticias fabricadas: incluye noticias con un contenido 100% falso, creadas para engañar y causar daño.

Contenido patrocinado: son noticias o publicidad disfrazadas de contenido editorial que pueden inducir a error a los usuarios.

Las noticias falsas se difunden a través de los medios de comunicación tradicionales y de Internet. Este tipo de contenidos llega a ser a veces muy peligroso, ya que influye en sociedades enteras y constituye la base de malas decisiones. De ahí la importancia de educar en el uso correcto de los medios y en la capacidad de evaluar la información. El pensamiento crítico, la comprobación de las fuentes y el fomento de la alfabetización digital son la base para desenmascarar las noticias falsas, cada vez más sofisticadas gracias a los avances tecnológicos.

Deepfake

Los contenidos de vídeo falsos, o *deepfake*, generados por inteligencia artificial son cada vez más comunes y convincentes. El *deepfake* es una "evolución" de las noticias falsas que utiliza inteligencia artificial. Las nuevas técnicas permiten incluso a personas no cualificadas crear

deepfakes presentando vídeos y la voz de personajes famosos. *Deepfake* nació en 2017 dentro de vídeos pornográficos. En el núcleo se encuentran algoritmos avanzados que aprenden las similitudes entre una cara o voz real y una falsa, la reducen a rasgos comunes y crean una falsa¹⁹. El término *deepfake* proviene del acrónimo de *Deep Learning y Fake*.

Deepfake es una técnica utilizada en contenidos de vídeo para editar vídeos cuyo resultado final se considera falso. En muchas situaciones, se utiliza la imagen de personajes famosos (celebridades, políticos), por ejemplo, Barack Obama, Vladimir Putin, Nancy Pelosi o Mark Zuckerberg²⁰. El resultado es la creación de contenidos de vídeo, basados en contenidos existentes ya disponibles en Internet. Con la ayuda de la inteligencia artificial y la producción de imágenes de la persona en cuestión, se pueden generar nuevos contenidos de vídeo de esa persona diciendo lo que quiere. Cada vez se pueden encontrar más vídeos de este tipo en YouTube²¹.

Las películas *deepfake* disponibles pueden clasificarse en uno de los siguientes grupos²²:

Demostración de la tecnología (technology demonstration): incluye vídeos *deepfake* creados como ejemplos para demostrar cómo funciona la tecnología.

Satírico/meme: se refiere a las películas *deepfake* que son humorísticas o ridículas, creadas como una forma de comentario político o social.

Pornográficos: se refiere a los vídeos *deepfake* que suelen mostrar rostros de famosos en cuerpos de actores pornográficos.

Deepfakes engañosos: vídeos falsos protagonizados por políticos u otras figuras de autoridad con la intención de provocar un escándalo.

Los algoritmos y programas informáticos pertinentes pueden utilizar los datos de entrada de diversas formas al crear *deepfakes*. Algunos ejemplos son: Intercambio de caras (*face swap*): transferencia de la cara de una persona a la cara de otra en el vídeo; edición de atributos (*attribute editing*): modificación de los rasgos de una persona; recreación de caras: transferencia de expresiones faciales de la cara de una persona a una persona en el vídeo de destino; material totalmente sintético: la filmación real se utiliza para entrenar el software, pero la filmación resultante es completamente nueva²³.

Deepfake es un vídeo hiperrealista que ha sido manipulado digitalmente para mostrar a personas diciendo o haciendo cosas que en realidad no sucedieron. Este tipo de contenido, generado mediante técnicas informáticas basadas en inteligencia artificial (IA), supone una grave amenaza para la privacidad y donde los riesgos por usurpación de identidad están aumentando²⁴.

Educar al público sobre cómo reconocer los *deepfakes* es crucial a medida que la tecnología evoluciona para evitar la desinformación. Merece la pena explicar al público el proceso de creación de este tipo de contenidos, ofrecer ejemplos y promover un uso responsable y crítico de

¹⁹ Ian Sample, What are deepfakes - and how can you spot them?, The Guardian, <https://tiny.pl/cwbrc>.

²⁰ Inesdi, Deep Fake y la manipulación de procesos, <https://tiny.pl/cwbrl>.

²¹ Deepfake Videos Are Getting Terrifyingly Real, www.youtube.com/watch?v=T76bK2t2r8g.

²² Johnny Botha, Heloise Pieterse, Fake News y Deepfakes...

²³ Europol (2022), ¿Afrontar la realidad? Law enforcement and the challenge of deepfakes, an observatory report from the Europol Innovation Lab, Oficina de Publicaciones de la Unión Europea, 9.

²⁴ Francisco José García-Ull, Deepfakes: el próximo reto en la detección de noticias falsas, Anàlisi: Quaderns de Comunicació i Cultura, 64 (2021), 103.

los medios de comunicación, ya que el *deepfake* representa una amenaza cibernética real para los usuarios. Al mismo tiempo, es importante recordar que esta tecnología también se utiliza de forma positiva, entretenida o educativa²⁵.

Francisco - fake news y deepfake

Las noticias falsas y los *deepfakes* son contenidos total o parcialmente falsos que, sin embargo, se publican en Internet y otros medios de comunicación con fines que a menudo se caracterizan por una manipulación deliberada. No es infrecuente que se difundan por motivos políticos, financieros o de entretenimiento, y a veces son de tal envergadura que falsean en gran medida la realidad o la imagen de una empresa, institución o persona. Ni siquiera la información sobre la Iglesia está exenta de este tipo de contenidos.

El Papa Francisco se ha referido a esta cuestión en varias ocasiones. En 2018, dedicó un mensaje en la 52ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales al fenómeno de las *fake news*. "En juego, de hecho, está nuestra codicia. Las noticias falsas a menudo se vuelven virales, es decir, se difunden rápidamente y son difíciles de contener, no por la lógica de compartir que caracteriza a las redes sociales, sino más bien por su agarre a la insaciable codicia que se enciende fácilmente en los seres humanos"²⁶.

Francisco alentó iniciativas educativas y jurídicas para contrarrestar la desinformación en el nuevo contexto comunicativo. "Por lo tanto, son loables las iniciativas educativas que permiten a las personas aprender a leer y evaluar el contexto comunicativo, enseñándoles a no ser involuntarios difusores de la desinformación, sino actores en su desvelamiento. Igualmente loables son las iniciativas institucionales y jurídicas comprometidas en la definición de normas destinadas a frenar el fenómeno (...)"²⁷. El Papa también ha inspirado la promoción de un periodismo de paz libre de ficciones, falsedades y violencia verbal, que busque comprender los fenómenos y divulgar la traducción de los procesos en curso²⁸.

En su exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, Francisco llamó a su vez la atención sobre los peligros de las *fake news* y el mal uso de los medios de comunicación modernos, que pueden conducir a la soledad, la manipulación, la violencia, el aislamiento, la progresiva falta de contacto con la realidad, las dificultades en las relaciones o el ciberacoso. "La proliferación de noticias falsas es expresión de una cultura que ha perdido el sentido de la verdad y doblega los hechos a intereses particulares. La reputación de las personas se pone en peligro a través de juicios sumarios en línea. El fenómeno afecta también a la Iglesia y a sus pastores"²⁹.

Por otro lado, en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 2020, el Papa se refirió a una red de comunicación en la que se pueden crear historias destructivas que llevan a la destrucción de las relaciones. Al mismo tiempo, utilizó el término *deepfake*, cada vez más notorio, que alcanza un nivel intimidatorio y conlleva un sofisticado nivel de manipulación de la imagen y el sonido³⁰.

²⁵ El museo crea un deepfake de Salvador Dalí para recibir a los visitantes, <https://tiny.pl/cwbrq>.

²⁶ Mensaje del Santo Padre Francisco para la 52ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 2.VI.2010.

²⁷ Ibid.

²⁸ Ibid, 4.

²⁹ Francisco, *Christus vivit*, 89.

³⁰ Mensaje del Santo Padre Francisco para la 54ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales.

En 2022, durante una audiencia para el consorcio católico internacional de medios de comunicación "*Catholic fact-checking*", Francisco habló sobre las noticias falsas en el contexto de Covid-19. Al introducir el tema, recordó que la "infodemia", una distorsión de la realidad basada en el miedo, se está extendiendo junto con la pandemia. Es un derecho humano recibir información verificada basada en datos científicos y no difundida como noticias falsas. También animó a los profesionales de los medios de comunicación a no cansarse nunca de verificar los datos y buscar la verdad³¹.

Ese mismo año, el Papa dirigió un mensaje a los participantes en la reunión de la organización internacional SIGNIS, que opera en ciento cuarenta países de todo el mundo. El tema del encuentro era *La paz en el mundo digital*. Francisco recordó que, a veces, los medios digitales se convierten en lugares tóxicos, un ámbito de discursos de odio y noticias falsas. Animó a una adecuada educación mediática y al desarrollo del sentido crítico para que la sociedad pueda contrarrestar las mentiras y la desinformación³².

Conclusión

Las noticias falsas y las falsificaciones profundas son piezas relativamente nuevas del rompecabezas de la comunicación mundial, y los profesionales de la manipulación se afanan en utilizar estas herramientas. El resultado final de estas actividades es la desinformación, que a veces adquiere proporciones gigantescas, engañando no solo a individuos sino a sociedades enteras. Según el informe ITAL Communications 2023 - CENSIS, el 76,5% de los italianos cree que las noticias falsas son cada vez más sofisticadas y difíciles de detectar, el 20,2% cree que no tiene las habilidades necesarias para desenmascararlas y el 61,1% cree que solo tiene algunas de estas habilidades. Solo una minoría (18,7%) considera ser capaz de reconocer inmediatamente una noticia falsa.

Ciertamente, la inteligencia artificial aporta muchas ventajas en el mundo del marketing y los medios de comunicación, mientras que su uso para manipular vídeos representa un nuevo

reto para el mundo de la comunicación. El uso inadecuado y poco ético de esta herramienta puede provocar una enorme confusión entre los espectadores de los mensajes mediáticos. Además, la inteligencia artificial supone un cambio de paradigma y modifica procesos en muchos ámbitos (educación, sanidad, finanzas, tecnología, compras). Por ello, es muy importante profundizar en el conocimiento de los fenómenos de *fake news* y *deepfake* y perseguir la verdad en los mensajes informativos. La Iglesia también está tomando medidas concretas para prevenir los efectos negativos de estos procesos; por ello, la educación mediática se está convirtiendo en un gran reto.

³¹ Discurso de Su Santidad el Papa Francisco a los participantes en el encuentro promovido por el consorcio internacional de medios católicos 'Catholic fact-checking', Vaticano 2022, <https://tiny.pl/cwbr7>.

³² Mensaje de Su Santidad el Papa Francisco a los participantes en el Congreso Mundial Signis, Vaticano 2022, <https://tiny.pl/cwbrw>.

La sencillez del corazón

Reflexiones sobre las cartas de María

Mazzarello³³

Anselm Grün, OSB³⁴

Al leer las cartas de María Mazzarello me ha impresionado sobre todo la sencillez de su lenguaje y de su espiritualidad. La sencillez del corazón ha sido siempre en la tradición espiritual un signo de espiritualidad genuina.

Los monjes la llamaban la pureza del corazón.

El corazón sencillo es en sí claro, lleno del Espíritu de Dios. Ve las cosas así como son. No introduce las partes propias de sombra en las cosas y en las consideraciones de las personas. La sencillez es señal que uno se conoce bien a sí mismo, que se acepta con todas sus zonas de sombra. El corazón es sencillo porque está unido a Dios.

El corazón sencillo de María Domenica Mazzarello está al mismo tiempo lleno de gran alegría. Continuamente repite en sus exhortaciones: “¡Estad alegres!”

Esta no es la exhortación formal de una persona que no está contenta, también manifiesta la serenidad de aquellos a los que escribe. Se percibe así misma del mismo modo con el que describe a las hermanas, cuenta los acontecimientos y se dirige al destinatario con un cierto humor. Sobre todo se demuestra el humor de María en el modo de hablar de si misma.

Su estilo no tiene nada que ver con la tendencia a desvalorizarse a sí mismo, que en el Ochocientos se percibe en muchos religiosos. De su amor propio la Santa habla de este modo: “Tengo tantísimo, que a cada momento tropiezo y caigo al suelo como un borracho” (C 9,9). Así, sólo puede escribir una mujer que tiene una cierta distancia interior de si misma, que sabe reírse de sí y mirar con serenidad los propios límites, sin despreciarse.

La sencillez del corazón se manifiesta en el modo con el que María escribe sobre la situación de cada casa. No es un estilo suntuoso con el que las realidades vayan cubiertas bajo un manto de espiritualismo. María dice las cosas como son. No utiliza trampas para embellecer las situaciones escabrosas. En todas las dificultades no se ve en ella ninguna disposición de ánimo

³³ Introducción a la edición en alemán de las cartas de santa María D. Mazzarello.

³⁴ Monje benedictino del monasterio de Münsterschwarzach (Alemania).

depresivo o lloroso. Acepta las situaciones tal como son. Habla, por ejemplo, abiertamente de las salidas del Instituto, sin condenar a las hermanas que han dejado la comunidad. Da relación de la muerte de las hermanas jóvenes, pero lo hace sin énfasis y sin autocompasión. Mas bien, es obvio para ella que vayamos todas al Paraíso. Y también del paraíso sabe escribir de manera bastante humorística, sin el estilo demasiado solemne que caracteriza ciertos manuales de espiritualidad.

1. Características de la espiritualidad de María Mazzarello

La espiritualidad de María Mazzarello se basa en las exhortaciones que ella dirige a sus hermanas. A la directora de Montevideo, sor Ángela Vallese, escribe: “Anímalas a que sean humildes, obedientes y amantes del trabajo; a obrar con recta intención, a ser sencillas y sinceras siempre y con todos.

Que estén siempre alegres; corrígelas con caridad, pero no transijas con ningún defecto. Un defecto corregido a tiempo no es nada; pero si se le deja echar raíces, se necesita trabajo para desarraigarlo” (C 17,1). En la misma carta continúa: “Está alegre y no tengas tanto miedo de tus defectos y de no poderlos corregir todos de una vez, sino que, poco a poco, con buena voluntad de combatirlos, sin hacer nunca las paces con ellos, cuando el Señor te los de a conocer, haz lo posible por enmendarte, y verás cómo los vencerás todos. ¡Animo, pues, ten gran confianza en Dios y desprecio de ti misma y verás cómo todo te irá bien” (C 17,4).

Obediencia

El acentuar obediencia y humildad podría aparecer hoy demasiado sospechoso. Sin embargo, en el comienzo de una comunidad religiosa, era la obediencia la virtud que contribuía para unir la comunidad. Sin obediencia la comunidad no habría podido cumplir lo que a través de ella se ha realizado. La obediencia es la disposición para ponerse al servicio de las necesidades de la comunidad.

María no habla de modo idealizado de la obediencia, sino con sobriedad. La obediencia es simplemente necesaria a fin de que la comunidad crezca. Para ella la obediencia está unida estrechamente a la confianza. Recomienda a menudo a sus hermanas que tengan confianza con sus Directoras. Alguna vez señala todos los motivos. Evidentemente había directoras con las cuales las hermanas tenían dificultades. María anima a la confianza. Ella no moraliza y no impone la obediencia, aunque sea la superiora. Con frecuencia quiere dar ánimo a las directoras. Ella admite que tienen sus límites, pero se debe también reconocer la buena voluntad. La obediencia hacia estas directoras en concreto está en función de la unidad de la comunidad. La rebelión dividiría la pequeña comunidad.

Humildad

Humildad es el coraje de mirar las propias zonas de sombra y aceptarse a sí misma con la propia humanidad y limitación. La humildad como *humilitas* tiene que ver con el humor. Porque

humilitas es la disponibilidad para aceptar el propio humus y este lleva al humor. La humildad que María recomienda no tiene nada en común con la auto denigración o el desprecio de sí. María dice al mismo tiempo que las hermanas no deben tener miedo de sus defectos. Ella no quiere el perfeccionismo, pero sí la disposición de ponerse en el camino de un sincero conocimiento de sí mismo. La humildad está así unida a la libertad del miedo, a la sinceridad y a la autenticidad.

Esta autenticidad, hermana de la sencillez del corazón, se encuentra en todas las cartas de María Mazzarello. No se autoensalza, ni se empequeñece.

Con frecuencia se reconoce así como es y de este modo se pone en contacto con cada hermana. Escribe tanto a la simple novicia como a las directoras.

No hay evidentemente ninguna barrera entre ella y las hermanas jóvenes que han entrado en el Instituto. La humildad está en María como un servicio de la capacidad de relación. Renuncia a distanciarse como superiora de las otras y se siente como hermana entre las hermanas.

Amor al trabajo

Otra recomendación que se ve en tantas cartas, es la invitación para amar el trabajo y a trabajar con recta intención. El trabajo es para ella “el padre de las virtudes, con el trabajo desaparecen los grillos y se está siempre alegre” (C 25,5). Se percibe en las cartas que María realiza el trabajo con agrado. A decir verdad, sin embargo alguna vez se lamenta de tener demasiado. Se excusa alguna vez de no tener tiempo suficiente para responder a las cartas, porque el trabajo es intenso. También constata los límites del trabajo, por lo que exhorta a Sor Angelina: “A la vez que te recomiendo el trabajo, te recomiendo también que cuides de la salud y os recomiendo a todas que trabajéis sin ambición, sólo por agradar a Jesús” (C 25,5). El trabajo encuentra su límite en la propia salud, en cuanto que la resistencia física nos da la medida. También el espíritu sin embargo señala cuando hay demasiado trabajo; se reacciona de mala gana, con agresividad, descontento o irritación, es señal que se han sobrepasado las medidas.

Otro criterio para identificar un trabajo rico de bendiciones es para María la ausencia de segundos fines. Si yo quiero afirmarme a mi misma en el trabajo, entonces enseguida me siento agotada. Si por el contrario el trabajo proviene de una fuente interior, entonces puedo trabajar mucho. Para María la fuente interior no es sólo la fuente del Espíritu Santo, sino el amor a Jesús. Si yo realizo mi trabajo por amor a Jesús, eso me da alegría.

Y puedo trabajar más que si me pongo bajo la presión del rendimiento.

Alegría

La invitación para estar siempre alegres no genera de por sí la alegría. La pregunta es cómo las hermanas pueden adquirir esta alegría. María Mazzarello pone como condición la sencillez del corazón: “Para estar alegre hay que ir adelante con sencillez, sin buscar satisfacciones ni en las criaturas, ni en las cosas de este mundo” (C 24,4). Este consejo María lo dirige a sor Giuseppina Pacotto, que evidentemente sufre de melancolía y tristeza. La alegría no es simplemente un don

o una disposición natural; se consigue si interiormente somos sencillos y claros y si superamos la dependencia de las cosas de este mundo. Quien está dependiendo de las alabanzas o del reproche, del éxito o del fracaso, del afecto o del rechazo, no conseguirá jamás estar alegre. No experimentará nunca, en efecto la satisfacción de sus necesidades. De las alabanzas que reciba no se saciará nunca.

María está convencida que la alegría es el más importante de los supuestos para una espiritualidad sana. Los psicólogos dicen que la alegría puede curar a la persona. Esa es una fuente de energía vital que no desaparece fácilmente. Si nosotras vivimos sólo a merced de nuestra voluntad, pronto nos sentiremos destruidos. Si en las ascesis nos exigimos, entonces agotamos fácilmente nuestra energía interior. La alegría por el contrario nos pone en contacto con la fuente de la energía que brota en cada uno de nosotros.

María sin embargo sabe que no basta sólo recomendar estar alegres. Ella procura también las condiciones a fin de que las hermanas puedan estar alegres. Una condición es que la comunidad aprenda a celebrar de modo bonito las fiestas, de modo que todas puedan alegrarse. El hacer teatro era un medio importante para promover esta alegría.

A una hermana que sufre melancolía escribe: “Da gracias que estoy lejos, si no, te tiraría de las orejas, ¿no sabes que la melancolía es causa de muchos males?” (C 24,3). Y le hace comprender que la melancolía es expresión de actitud infantil. En vez de mirar sobre sí misma y compadecerse, sor Giuseppina debe hacerse adulta y asumir las responsabilidades de la comunidad. Esto le ayudaría a salir de sí misma. María escribe a esta hermana un poco depresiva no moralizando, sino en tono humorístico. Esta modalidad hace mucho más que si se molesta o enfada por la melancolía que sufre la hermana.

En la carta 60 María escribe a la novicia sor Rita Barilatti: “Para esto hemos venido a la vida religiosa, por lo tanto, ánimo y siempre gran alegría, esta es la señal de un corazón que ama mucho al Señor” (C 60,5). Junto a la alegría habla a menudo del ánimo. La alegría no se puede directamente exigir o simplemente aspirar a ella. La alegría es siempre expresión de una vida realizada. María anima a las hermanas a aceptar la vida religiosa como es. Quien se lanza a tener este ánimo, de decir sí a esta vida, estará contento de sí mismo y la alegría podrá crecer en él. El coraje de aceptarse incondicionalmente a sí mismo y a su propia situación existencial es por tanto la premisa de la alegría.

Y hay todavía otra: el amor a Jesús. Alegría es siempre la expresión de amor. Quien ama está alegre. Así el amor a Jesús es el fundamento de una vida que lleva la impronta de la alegría. De las cartas de María se transparenta su sencillo y afectuoso amor a Jesús. No es artificial, existe sencillamente. Ella vive de esto. De Él saca la fuerza para asumir su responsabilidad en la comunidad.

Abnegación

María exhorta continuamente a las hermanas a pisotear el amor propio y a mortificarse. Las expresiones revelan una ascesis exigente que podría llevar a la mortificación y no a la realización de sí. También es importante considerar exactamente las expresiones de María. Escribe sobre la renuncia a la propia voluntad con un cierto humor. No se enfada por tanto contra la propia voluntad, pero sabe que se introduce siempre furtivamente en nuestro modo de

ser. Los místicos de todos los tiempos hablan de la muerte del yo, del desprendimiento del ego. No se trata de matar el ego, esto es de ser agresivos contra uno mismo, sino que se trata de tomar una cierta distancia del ego.

El ego, se introduce en todo nuestro hacer, también en nuestras relaciones con Dios, quisiera instrumentalizar a Dios, casi que Él tuviese que servir a la propia exaltación. La capacidad de distanciarse de este ego es indispensable para la auténtica relación con Dios. Es una virtud religiosa antes que moral.

La serenidad con la que María habla del “desprecio de sí” y del pisar la propia voluntad demuestra que ella con la abnegación no entiende el renunciar a los propios valores, sino de la libertad interior con la que debemos vivir. No se trata de renegar o retorcerse a sí mismo, sino de abandonarse en Dios en libertad.

Es interesante observar en qué contexto María escribe sobre el “desprecio” de sí mismo: “Animo, pues, ten gran confianza en Dios y desprecio de ti misma y verás cómo todo irá bien.” (C 17,4). Habla de un “buen espíritu” de abnegación, el cual guía todo a una buena salida. No recomienda por tanto el renegar de la vida, sino un camino para llegar a una existencia realizada.

Nosotras tenemos necesidad de la libertad interior para poder vivir de modo sano. Tenemos necesidad de una distancia sana de nuestro ego para no ser esclavos de eso. Al distanciarse interiormente del ego y de la propia voluntad, entramos en contacto con nuestro verdadero ser, descubriendo la imagen auténtica que Dios se ha hecho de nosotros.

María describe la libertad interior del propio yo como victoria sobre sí mismo. Usa por tanto imágenes deportivas. Quien vence a sí mismo, es el que está verdaderamente abierto a Jesús. Y si Jesús es nuestra fuerza, “las cargas se hacen más ligeras, las fatigas suaves, las espinas se convierten en dulzura...” (C 22,21). La meta es por tanto la libertad interior y la dulzura.

La vida adquiere un gusto nuevo si nosotras nos vencemos a nosotras mismas. Si esta victoria no se gana “todo se hace insufrible y las malas tendencias, como pústulas, resurgirán en vuestro corazón” (C 22,21). Para María no se trata de perfeccionismo y ni siquiera de compromiso moral, sino de una buena salud del alma, de la libertad interior y de la alegría. Libres y alegres parecemos cuando logramos vencernos a nosotros mismos, cuando no somos dependientes de nuestros deseos infantiles e insaciables del propio yo.

Hacerse santos

Meta del camino espiritual es para María el hacerse santas. Ella exhorta con frecuencia a las hermanas a hacerse santas: “A nosotras religiosas, no nos basta con salvar el alma, debemos hacernos santas y santificar con nuestras buenas obras a tantas almas que esperan que les ayudemos” (C 18,3). Hacerse santas no es por tanto un egocéntrico girar alrededor de uno mismo, sino un servicio a los otros. Para los griegos, sólo lo que es santo puede curar.

Hacerse santos quiere decir en primer lugar ser íntegros, poner todo lo que hay en nosotros a la luz de Dios y por Dios dejarlo transformar y sanar.

Santo es el que está enterrado al dominio de este mundo. Hacerse santo quiere decir por tanto custodiar y proteger en este mundo lo que es santo. Cada persona tiene en sí un espacio santo, el espacio del silencio en el que habita Dios. Este espacio está enterrado al dominio de este mundo. Si los religiosos protegen este espacio íntimo del Santo en sí mismos, entonces hacen el mundo más luminoso y más sano. De este santuario íntimo en su corazón puede surgir alguna cosa saludable para quien nos rodea.

María escribe que nosotras debemos hacer santas a otras almas. Si custodiamos el Santo en nosotras podemos abrir también a otras personas el acceso a su santuario íntimo. Y con esto les hacemos un servicio importante para su plena humanización. Porque cada ser se hace sano y verdadero si descubre el Santo que lo habita. Contribuir a hacerse santo quiere decir también que si las personas establecen una relación con Dios Santo y que así se hace familiar. Hacerle santas quiere decir llenarlas con el espíritu del Dios Santo.

Es Dios quien santifica. Pero María reconoce también nuestro deber en esto, es decir el compromiso de santificarnos a nosotros mismos y a los otros.

Debemos dejar obrar al Espíritu de Dios en nosotros. Por nuestro medio el Espíritu de Dios que sana y santifica, se vuelve también sobre los otros y les santifica.

Relaciones hacia las hermanas

En la comunidad de Saint-Cyr-Sur-Mer en Francia había verdaderos conflictos. Eran ocasionados por la nueva directora que algunas hermanas no habían aceptado. Por ello había tensiones en la comunidad. Es interesante constatar como afronta María el problema. En un primer momento pide de nuevo confianza en la directora: “Espero que ya habréis tomado todas las confianzas con vuestra directora, sor Santina; es buena, ¡pobrecita!, ¿por qué no tenerle confianza?” (C 49,1). La verdadera causa de los problemas María no la encuentra en el carácter de la directora, sino en el hecho de que las hermanas ven todo negro: “Mirad, a veces nuestra imaginación nos hace ver cosas muy negras, mientras son totalmente blancas; éstas nos van enfriando con nuestras superiores y poco a poco se pierde la confianza con ellas.

Entonces, ¿qué sucede? Que vivimos mal nosotras y hacemos vivir mal a la pobre Directora” (C 49,2).

Decisivo para una buena relación con la directora y de las hermanas entre sí es el ser libres de cualquier proyección. Nosotras proyectamos enseguida sobre los otros lo que no somos capaces de aceptar en nosotros mismos. Y después vemos todo negro. No es la comunidad que es difícil, sino que nosotras la hacemos difícil con nuestras imaginaciones.

Quien tiene un corazón sencillo, ve en cada persona el bien. Pero quien deja pasar lo negro al propio corazón, lo ve todo negro en los otros. Y piensa que no puede lograr vivir con eso.

En las cartas María, exhorta a las hermanas a caminar todas de acuerdo. El motivo por el que no se va de acuerdo con una hermana según ella está en las proyecciones: “a fin de cuentas son todas historias que nos metemos en la cabeza. Una hija que ama verdaderamente a Jesús va de acuerdo con todas” (C 49,6). Nuestras dificultades con las hermanas provienen del hecho que mezclamos sus problemas con los nuestros. A nuestras heridas no curadas se unen las

emociones de las otras y resulta una mezcla de emociones de las que no podemos salir más. Y entonces nosotras deducimos que no podemos vivir con estas hermanas. Parece obvio lo que dice María: “quien ama a Jesús va de acuerdo con todas”, pero no es así. Quien tiene sus raíces en Jesús, consigue mantener una distancia interna de las actitudes inmaduras de las hermanas. No aceptará enseguida a todas las personas, pero así como no encuentra su consistencia en la hermanas sino en Jesús, no exigirá demasiado de ellas.

María condena las fantasías negativas que surgen en nosotras y que nos hacen pesada la vida. Así exhorta a las hermanas: “Mandadme pronto buenas noticias; recordad que quiero estéis alegres; pobres de vosotras si os dais a fantasear” (C 49,7). El término “fare almanacchi” indica “fantasear,

devanarse los sesos de modo inútil y hacer suposiciones pesimistas sobre la realidad” (C 49, nota 5). María reasume todavía alguna vez sus deseos de manera humorística. La condición que permitirá a las hermanas poder vivir juntas es que se distancien de sus pensamientos y fantasías, que sean libres

de las múltiples proyecciones sobre los otros. Deben ver a cada persona así como es y no enfadarse por lo que detrás de sus palabras o su contenido pudiera esconderse. Quien hace suposiciones pesimistas sobre el otro, sólo ve lo negativo en él. El corazón sencillo tiene una mirada luminosa y positiva. Y con esta mirada ve el buen sentir en cada persona.

Nostalgia del Paraíso

Muchas veces en las cartas de María habla del Paraíso. Cuando se refiere a la muerte de una hermana, dice brevemente que ahora está en el Paraíso. Y alguna vez experimenta un poco de envidia que una hermana haya logrado ya llegar al Cielo. Paraíso significa para la Madre estar junto a Jesús y estar bien. En una carta escribe: “Me dices en tu carta que has visto muchas cosas bonitas en Roma, pero, mi buena sor Virginia, en el Cielo veremos cosas aún más hermosas. ¡Animo, esta vida es breve, procuremos ahora adquirir tesoros para el Cielo” (C 34, 2)

El fin de la vida para María es llegar al Paraíso. En las cartas expresa claramente que no tiene miedo de la muerte, más bien dice que ella algunas veces desearía ya estar con las hermanas en el Paraíso. Y a las misioneras lejanas escribe que probablemente no será posible que se puedan encontrar aquí en este mundo. La lejanía es muy grande. Ciertamente nos veremos en el paraíso.

A las hermanas recomienda prepararse bien a la muerte: “Debemos estar siempre preparadas, con las cuentas en regla, así la muerte no nos dará miedo” (C 33,3). También de la muerte escribe en tono confidencial y de humor. Ella no tiene miedo, sino más bien confianza con la muerte: “Mis queridas hijas, como veis, ¡de vez en cuando (viene) Doña muerte a hacernos una visita! (C 55,4)

De dos hermanas muy graves escribe: “Parece que la muerte se acerca para hacerles una caricia, pero las pobrecitas no quieren saber nada de esto” (C 55,3). La muerte tiene por tanto alguna cosa de afectuosa: acaricia a los moribundos. No viene como un monstruo terrible, sino como una mujer que nos trae un saludo de Dios. En estas palabras aparece claro que María integra la

muerte en su vida, que el pensamiento de la muerte no le da miedo, sino que le invita a vivir consciente e intensamente.

2. El mensaje de la santa para nosotros hoy

María Mazzarello no ha dejado una enseñanza sobre la cual se pudiese discutir doctamente. Sin embargo desde sus cartas se transparenta una espiritualidad que hoy tiene algo que decirnos. Es una espiritualidad sencilla que habita en una persona que se ha hecho sencilla y clara a través del encuentro con Jesús.

Aparece en las cartas de Santa María Mazzarello un gran amor por Dios, por Jesús, por la Virgen María y por los otros. Este amor lo han percibido las hermanas; por ello han tenido gran confianza en ella.

Hoy corremos el riesgo de escribir e indagar doctamente sobre la espiritualidad. La espiritualidad de María es espiritualidad vivida. Y es sencilla porque surge de un corazón sencillo.

Ya la mística griega escribió sobre la sencillez del corazón. El corazón sencillo se hace uno con Dios. Y porque se hace uno, conoce sólo al uno: Dios, el verdadero fundamento de la vida. El corazón sencillo no tiene segundas intenciones: no quiere infundir respeto, no entiende servirse de

Dios, sino que se entrega totalmente a Él.

Jesús habla del ojo sencillo y puro: “Si tu ojo está sano -haplous significa sencillo, limpio, - todo tu cuerpo estará iluminado” (Lc 11,34). El ojo sencillo ve las cosas como son, no mezcla las propias proyecciones al considerar la realidad. Ve sobre todo en la luz de Dios.

Para los Padres griegos la sencillez es la característica de una persona que ha experimentado a Dios, que a través de Dios se ha unificado en si misma y con todo lo que hay en ella. Sencillez quiere decir que todo en mi esta elevado a la comunión con Dios.

María no habla de teología mística. Pero la sencillez del corazón demuestra que ella ha experimentado a Dios y que nada de esto que es humano le es extraño.

Por eso puede hablar con amabilidad de las debilidades humanas, sin indignarse. Su espiritualidad no tiene el tono moralizante de quien condena la inobservancia de los mandamientos. Para María todo es natural: el amor de Dios, pero también las debilidades humanas. Si ella a menudo exhorta a las hermanas a superar las fantasías negativas es para cultivar también en los otros la sencillez del corazón.

Quien en su corazón y en su mirada es sencillo, con frecuencia ve a las personas en su verdadero ser. A través de la envoltura de los defectos psicológicos, ella sabe ver claro en el fondo del alma, cual es en cada una el deseo de bien.

La sencillez del corazón se capta en María también en el hecho de que ella busca sólo una cosa: amar a Jesús, gozar de su amor y hacer felices a aquellos que le son confiados.

Ella pudo expresar esta sencillez también con la palabra santidad. Sencillez y santidad van unidas. Santo es aquel que es sano e íntegro. Sencillo es el que es uno con Dios y consigo mismo.

A la sencillez pertenecen la pureza del corazón, la cual para los monjes antiguos era el fin de la vida espiritual y de la libertad interior. Pureza de corazón es, para Juan Cassiano, amor, un amor que no se mezcla con pretensiones posesivas y deseos infantiles. Quien ha llegado a la pureza del corazón está libre de todos los cálculos y las proyecciones. No se valora en proporción del afecto o del rechazo de los otros, ni siquiera de la medida de los éxitos o fracasos. Se considera y se valora solamente a partir de Dios.

Leyendo las cartas de María Mazzarello, el mensaje más importante para mí es este: “¡Hazte sencilla! ¡Confía en el amor! No es tan complicado como tu piensas. ¡Ama simplemente y está alegre!” La espiritualidad de María está libre de complicadas especulaciones. Es pura, libre de la mentalidad moralista y mezquina, que en el Ochocientos estaba tan difundida en el ámbito eclesiástico. Ella respira amplitud, alegría, sencillez y claridad.

En nuestro mundo complicado, el mensaje que hoy la Santa nos regala, para mí es este: Trata de elevar tu corazón y todo lo que hay en él, a la comunión con Dios. Verás como todo se hace sencillo y claro, como tú serás uno contigo mismo y con los otros. Si tu corazón se esclarece, se llenará de una alegría, que ninguna contrariedad de la vida podrá molestar.

Porque tiene su fuente en el amor de Dios.

No debes tener miedo de tus zonas de sombra, de tus defectos y de tus debilidades. También éstas están inmersas en Dios. Por la fuerza de esta unión podrás cumplir con sencillez tu servicio y conducir a quien se te acerca a su verdadero ser, a su íntima unificación”.

► Pastoral

“Me quedo con Don Bosco”

Corderos que se convierten en pastores: acompañar vocacionalmente a los jóvenes³⁵

José Miguel Núñez, SDB

“Fraile o no fraile, me quedo con Don Bosco”
(Mons. Giovanni Cagliero)

1. Tu Palabra es lámpara para nuestros pasos (Jn 1, 35-42)

Al día siguiente estaban allí de nuevo Juan y dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dijo:

- Éste es el Cordero de Dios.

Los dos discípulos, al oírle hablar así, siguieron a Jesús. Se volvió Jesús y, viendo que le seguían, les preguntó:

- ¿Qué buscáis?

Ellos le dijeron:

- Rabbí - que significa: «Maestro»-, ¿dónde vives?

Les respondió:

- Venid y veréis.

Fueron y vieron dónde vivía, y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima. Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Encontró primero a su hermano Simón y le dijo:

³⁵ Material para educadores de la campaña inspectorial 2023-2024 “Un sueño para ti”.

- Hemos encontrado al Mesías - que significa: «Cristo».

Y lo llevó a Jesús. Jesús le miró y le dijo:

- Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas - que significa: «Piedra»

2. Algunas reflexiones

Don Bosco soñó que muchos de aquellos corderos que apacentó se convertían, por la acción del Espíritu y el acompañamiento de los salesianos y educadores, en pastores de otros jóvenes. Es decir, en el origen mismo de la familia salesiana encontramos una fuerte dimensión vocacional: un ambiente positivo y de encendida piedad, el acompañamiento cercano de los educadores y el discernimiento adecuado iluminado por maestros espirituales, hicieron de Valdocco y de las fundaciones que vinieron después, auténticos semilleros vocacionales.

La pastoral juvenil salesiana es, también hoy, esencialmente vocacional. Es decir, la finalidad de todos nuestros proyectos pastorales y de todas nuestras presencias es ayudar a los jóvenes que se nos confían, a encontrar su identidad como persona para los demás, su lugar en la Iglesia y su lugar en el mundo.

2.1. Claves teológicas

Dijo a otro: Ven, sígueme (Lc 9, 59).

En nuestra acción pastoral con jóvenes tendríamos que preguntarnos si propiciamos el encuentro con Jesucristo; si la persona tiene la oportunidad de *vivir* una experiencia significativa que ilumine su existencia cotidiana y la transforme; si posibilitamos la interiorización de estas vivencias; si cuanto ofertamos no deja indiferente a los jóvenes y abre cauces para continuar creciendo *hacia la estatura de Jesucristo*. Saber servir y hacer gustar el vino bueno del Reino requiere maestros y testigos capaces de *narrar* a Jesucristo y acompañar experiencias liberadoras que ayuden a madurar la experiencia de la fe. Son el qué y el cómo de una propuesta evangelizadora que deben ayudar al encuentro con Jesucristo para la vida y la esperanza de las personas.

La continua llamada del Papa Francisco a propiciar una “Iglesia en salida” reclama el esfuerzo de los creyentes por anunciar la Buena Noticia desde la cultura que vivimos; por abrir prisiones injustas y partir el pan con quien no lo tiene en nombre de Jesucristo el Señor. Como hombres y mujeres de hoy, vivimos en nuestro mundo con la convicción de que Dios sigue tocando el corazón de las personas y su amor transforma la existencia. Como ciudadanos, aportamos al bien común tratando de proponer en libertad y con credibilidad la Buena Noticia de la salvación, estando siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza a aquellos que nos la pidan. La vida coherente, sencilla y comprometida de los creyentes será el mejor aval que dé fuerza a nuestro anuncio. A tiempo y a destiempo, como Pablo nos recuerda, porque “¡Ay de mí, si no evangelizo!” (1 Cor 9, 16).

Habremos de tener en cuenta que en el proceso evangelizador está en juego, pues, el *quién* – esto es -, la Iglesia y las personas (destinatarios y agentes); el *qué*, el Misterio del Amor de Dios

revelado en Jesucristo por la fuerza del Espíritu, y el *cómo*, es decir, la metodología adecuada para que – en la era de la comunicación – el modo de comunicar no ofusque la experiencia de la fe.

En este entramado se hace necesario un discernimiento adecuado que permita a los agentes de pastoral responder a las preguntas adecuadas de modo que, más allá de revisiones y verificaciones al hilo de cada nuevo año educativo-pastoral, podamos interrogarnos sobre lo acertado de las opciones en la tarea evangelizadora. ¿Cómo estamos evangelizando? ¿Tenemos suficientemente en cuenta a los jóvenes y la cultura que habitan? ¿Está nuestra pastoral centrada en Dios? ¿Soy yo un testigo creíble de lo que anuncio?

Cultivar el discernimiento espiritual es, en primer lugar, una tarea de cada persona. Solo podremos hablar de discernimiento en pastoral si éste se convierte en un modo de vivir antes de llegar a ser una estrategia o un modo de trabajar. De ahí la necesidad de invitar a los agentes de pastoral a recorrer caminos personales y comunitarios que favorezcan el crecimiento espiritual y la búsqueda de Dios.

2.2. Claves carismáticas

Soñé que no pocos de los corderos se convertían en pastores,
que crecían y cuidaban del rebaño (Sueño de 1844)

Estar junto a Don Bosco y quedarse con él. Son los corderos que se convierten en pastores, como el santo fundador soñó tantas veces. Nuestro padre nos recuerda, como en aquel lejano 1859, año de la fundación de la congregación salesiana, que en su familia hay sitio para todos.

El año 1859 fue especialmente importante para los proyectos de Don Bosco y la naciente obra de los Oratorios en Turín. El santo sacerdote hacía tiempo que venía dándole vueltas a la idea de fundar una congregación religiosa. Eran tiempos difíciles para tal empresa después de las leyes anticlericales promulgadas en Italia algunos años antes; pero en la visita que el propio Don Bosco hizo al Santo Padre en 1858, los consejos de Pio IX dieron al director del Oratorio la orientación definitiva para su proyecto.

Años antes, Don Rua fue poco a poco preparando el terreno. A sus mejores muchachos los fue orientando en el discernimiento vocacional y en la opción sacerdotal. Los clérigos Reviglio, Rua, Francesia, Cagliari..., jóvenes del oratorio que crecieron junto a Don Bosco, constituyeron el primer núcleo de la futura Congregación.

En 1852, Don Rua recoge en un acta la reunión tenida en las habitaciones de Don Bosco en la que el santo proponía a un grupo de jóvenes la práctica de algunos ejercicios de piedad semanales. Dos años más tarde, comprometía a cuatro de ellos en un “ejercicio práctico de caridad hacia el prójimo”. Desde aquel día, escribe Don Rua, “fue puesto el nombre de salesianos a los que se propusieron y se propondrán dicho ejercicio”. Y así, en la sencillez de estas palabras, en la noche del 26 de enero de 1854, se plantaba la semilla de la Congregación Salesiana. Meses más tarde, Miguel Rua hizo votos privados ante Don Bosco.

El momento definitivo llegó en 1859. El 18 de diciembre, después de una semana de reflexión, acudieron a la habitación de Don Bosco para responder explícitamente a su propuesta. El acta de la fundación de la Congregación ha guardado celosamente los nombres de los que se

comprometieron definitivamente con Don Bosco aquella noche: Don Vitorio Alasonatti, Don Angelo Savio; el diácono Miguel Rua; los clérigos Juan Bonetti, Juan Cagliari, Carlos Ghivarello, Juan Bautista Francesia, Segundo Pettiva, José Bongiovanni, Domingo Ruffino, Celestino Durando, Juan Bautista Anfossi, Antonio Rovetto, Francesco Cerruti. Aquellos primeros “salesianos” se propusieron trabajar en “la obra de los oratorios con espíritu de caridad a favor de la juventud abandonada y en peligro”.

2.3. Claves educativo-pastorales

Por consiguiente, hay que pensar que: toda pastoral es vocacional, toda formación es vocacional y toda espiritualidad es vocacional (ChV 254).

Inspirándonos en la urgente llamada de Juan Pablo II a crear una “cultura vocacional”, sabemos que esta tarea no es solo responsabilidad a algunos agentes de pastoral o de los coordinadores de la animación vocacional. Se trata de crear entre todos, consagrados y laicos corresponsables en la misión, un ambiente en nuestras comunidades educativo-pastorales de familiaridad, de fuerte experiencia espiritual y de compromiso apostólico. Es la experiencia del propio Don Bosco, que crea a su alrededor una cultura en la que es posible la propuesta vocacional desde la cercanía y el acompañamiento con algo de audacia y con mucha creatividad.

Profundizar y reforzar la dimensión vocacional en cualquier propuesta pastoral

La animación y la orientación vocacional son un elemento esencial de una Pastoral Juvenil que ayude a cada joven a realizar opciones responsables de vida a la luz de la fe. Hoy sentimos más fuerte que nunca el reto de crear una cultura vocacional (...) Pero la mejor pastoral juvenil no genera vocaciones apostólicas y consagradas sin una atención específica al anuncio vocacional explícito, a la propuesta personal decidida, al acompañamiento espiritual constante.

La carencia de vocaciones ha sensibilizado a las comunidades y a los hermanos para reflexionar sobre el modo de animación vocacional; pero ésta todavía es pensada y actuada como un compromiso complementario del trabajo educativo y pastoral ordinario, realizado por algunos encargados y hermanos particularmente sensibles. Esto empobrece los dos procesos: una pastoral juvenil que no logra orientar a los jóvenes hacia una visión vocacional de su vida que los guíe a opciones evangélicas de donación y de servicio, y una animación vocacional demasiado basada en el entusiasmo y poco en la relación de fe profunda y personalizada con Jesucristo. Por esto, es necesario convertir mentalidades y renovar cierta praxis, particularmente en estos tres aspectos:

1. Promover en cualquier ambiente nuestro una cultura vocacional, mediante una pastoral juvenil decididamente evangelizadora, que comprometa a los jóvenes a reconocer la propia vida como un don de Dios y a corresponder con un compromiso generoso de servicio de los otros, en particular de los más necesitados.
2. Asegurar en todo itinerario de educación en la fe una atención particular a promover en los jóvenes el compromiso apostólico, basado en una relación personal de amistad con Jesucristo, realizado en la comunión y colaboración dentro de una experiencia de comunidad y madurado con un compromiso sistemático de formación personal.

3. Testimoniar con coraje y con alegría la belleza de la propia vocación salesiana, entregada totalmente a Dios en el misión juvenil, haciendo su propuesta explícita y comprometiéndose a acompañar a los jóvenes con signos de vocación religiosa salesiana en su camino de discernimiento y formación vocacional”

(Don Pascual Chávez, ACG 407)

3. Para la reflexión y el diálogo

- ¿Qué destacarías del ambiente de Valdocco por lo que respecta a la propuesta vocacional?
¿Cuáles te parecen que fueron los elementos clave para tal eclosión del Espíritu?
- ¿Te sientes vocacionado? ¿Qué te ha aportado el ambiente salesiano en tu discernimiento personal a la hora de orientar vocacionalmente tu vida?
- ¿Cómo podemos hoy ayudar a los jóvenes a recorrer un camino de discernimiento creyente y vocacional? ¿Qué propondrías en tu comunidad educativo-pastoral al respecto?

La solana

Job, la prueba de la fe, la bendición de la espera³⁶

Papa Francisco

El pasaje bíblico que hemos escuchado cierra el Libro de Job, un vértice de la literatura universal. Nosotros encontramos a Job en nuestro camino de catequesis sobre la vejez: lo encontramos como testigo de la fe que no acepta una “caricatura” de Dios, sino que grita su protesta frente al mal, para que Dios responda y revele su rostro. Y Dios al final responde, como siempre de forma sorprendente: muestra a Job su gloria pero sin aplastarlo, es más, con soberana ternura, como hace Dios, siempre, con ternura. Es necesario leer bien las páginas de este libro, sin prejuicios, sin clichés, para captar la fuerza del grito de Job. Nos hará bien ponernos en su escuela, para vencer la tentación del moralismo ante la exasperación y el abatimiento por el dolor de haberlo perdido todo.

En este pasaje conclusivo del libro —nosotros recordamos la historia, Job que pierde todo en la vida, pierde las riquezas, pierde la familia, pierde al hijo y pierde también la salud y se queda ahí, herido, en diálogo con tres amigos, después un cuarto, que vienen a saludarlo: esta es la historia— y en este pasaje de hoy, el pasaje conclusivo del libro, cuando finalmente Dios toma la palabra (y este diálogo de Job con sus amigos es como un camino para llegar al momento que Dios da su palabra) Job es alabado porque ha comprendido *el misterio de la ternura de Dios escondida detrás de su silencio*. Dios reprende a los amigos de Job que suponían que sabían todo, sabían de Dios y del dolor y, habiendo venido a consolar a Job, terminaron juzgándolo con sus esquemas preconcebidos. ¡Dios nos guarde de este pietismo hipócrita y presuntuoso! Dios nos guarde de esa religiosidad moralista y de esa religiosidad de preceptos que nos da una cierta presunción y lleva al fariseísmo y a la hipocresía.

Así se expresa el Señor respecto a ellos. Dice el Señor: «Mi ira se ha encendido contra [vosotros] [...], porque no habéis hablado con verdad de mí, como mi siervo Job. [...]: esto es lo que dice el Señor a los amigos de Job. «Mi siervo Job intercederá por vosotros y, en atención a él, no os castigaré por no haber hablado con verdad de mí, como mi siervo Job» (42,7-8). La declaración de Dios nos sorprende, porque hemos leído las páginas encendidas de la protesta de Job, que nos han dejado consternados. Sin embargo —dice el Señor— Job habló bien, también cuando estaba enfadado e incluso enfadado contra Dios, pero habló bien, porque se negó a aceptar que

³⁶ Catequesis durante la audiencia general del miércoles, 18 de mayo de 2022.

Dios es un “Perseguidor”, Dios es otra cosa. Y como recompensa, Dios le devuelve a Job el doble de todos sus bienes, después de pedirle que ore por esos malos amigos suyos.

El punto de inflexión de la *conversión de la fe* se produce precisamente en el culmen del desahogo de Job, donde dice: «Yo sé que vive mi redentor, que se alzaré el último sobre el polvo, que después que me dejen sin piel, ya sin carne, veré a Dios. Sí, seré yo quien lo verá, mis ojos lo verán, que no un extraño» (19,25-27). Este pasaje es bellissimo. A mí me viene a la mente el final de ese oratorio genial de Haendel, el Mesías, después de esa fiesta del Aleluya lentamente el soprano canta este pasaje: “Yo sé que mi Redentor vive”, con paz. Y así, después de toda esa cosa de dolor y de alegría de Job, la voz del Señor es otra cosa. “Yo sé que mi Redentor vive”: es algo bellissimo. Podemos interpretarlo así: “Mi Dios, yo sé que Tú no eres el Perseguidor. Mi Dios vendrá y me hará justicia”. Es la fe sencilla en la resurrección de Dios, la fe sencilla en Jesucristo, la fe sencilla que el Señor siempre nos espera y vendrá.

La parábola del libro de Job representa de forma dramática y ejemplar lo que en la vida sucede realmente. Es decir que sobre una persona, sobre una familia o sobre un pueblo se abaten pruebas demasiado pesadas, pruebas desproporcionadas respecto a la pequeñez y fragilidad humana. En la vida a menudo, como se dice, “llueve sobre mojado”. Y algunas personas se ven abrumadas por una suma de males que parece verdaderamente excesiva e injusta. Y muchas personas son así.

Todos hemos conocido personas así. Nos ha impresionado su grito, pero a menudo nos hemos quedado también admirados frente a la firmeza de su fe y de su amor en su silencio. Pienso en los padres de niños con graves discapacidades, o en quien vive una enfermedad permanente o al familiar que está al lado... Situaciones a menudo agravadas por la escasez de recursos económicos. En ciertas coyunturas de la historia, este cúmulo de pesos parecen darse como una cita colectiva. Es lo que ha sucedido en estos años con la pandemia del Covid-19 y lo que está sucediendo ahora con la guerra en Ucrania.

¿Podemos justificar estos “excesos” como una racionalidad superior de la naturaleza y de la historia? ¿Podemos bendecirlos religiosamente como respuesta justificada a las culpas de las víctimas, que se lo han merecido? No, no podemos. Existe una especie de derecho de la víctima a la protesta, en relación con el misterio del mal, derecho que Dios concede a cualquiera, es más, que Él mismo, después de todo, inspira. A veces yo encuentro gente que se me acerca y me dice: “Pero, Padre, yo he protestado contra Dios porque tengo este problema, ese otro...”. Pero, sabes, que la protesta es una forma de oración, cuando se hace así. Cuando los niños, los chicos protestan contra los padres, es una forma de llamar su atención y pedir que les cuiden. Si tú tienes en el corazón alguna llaga, algún dolor y quieres protestar, protesta también contra Dios, Dios te escucha, Dios es Padre, Dios no se asusta de nuestra oración de protesta, ¡no! Dios entiende. Pero sé libre, sé libre en tu oración, ¡no encarcelas tu oración en los esquemas preconcebidos! La oración debe ser así, espontánea, como esa de un hijo con el padre, que le dice todo lo que le viene a la boca porque sabe que el padre lo entiende. El “silencio” de Dios, en el primer momento del drama, significa esto. Dios no va a rehuir la confrontación, pero al principio deja a Job el desahogo de su protesta, y Dios escucha. Quizás, a veces, deberíamos aprender de Dios este respeto y esta ternura. Y a Dios no le gusta esa enciclopedia —llamémosla así— de explicaciones, de reflexiones que hacen los amigos de Job. Eso es *zumo de lengua*, que no es adecuado: es esa religiosidad que explica todo, pero el corazón permanece frío. A Dios no le gusta esto. Le gusta más la protesta de Job o el silencio de Job.

La profesión de fe de Job —que emerge precisamente en su incesante llamamiento a Dios, a una justicia suprema— se completa al final con la experiencia casi mística, diría yo, que le hace

decir: «Yo te conocía solo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos» (42,5). ¡Cuánta gente, cuántos de nosotros después de una experiencia un poco mala, un poco oscura, da el paso y conoce a Dios mejor que antes! Y podemos decir, como Job: “Yo te conocía de oídas, mas ahora te han visto mis ojos, porque te he encontrado”. Este testimonio es *particularmente creíble si la vejez se hace cargo*, en su progresiva fragilidad y pérdida. ¡Los ancianos han visto muchas en la vida! Y han visto también la inconsistencia de las promesas de los hombres. Hombres de ley, hombres de ciencia, hombres de religión incluso, que confunden al perseguidor con la víctima, imputando a esta la responsabilidad plena del propio dolor. ¡Se equivocan!

Los ancianos que encuentran el camino de este testimonio, que *convierte el resentimiento por la pérdida en la tenacidad por la espera de la promesa de Dios* —hay un cambio, del resentimiento por la pérdida hacia una tenacidad para seguir la promesa de Dios—, estos ancianos son un presidio insustituible para la comunidad en el afrontar el exceso del mal. La mirada de los creyentes que se dirige al Crucificado aprende precisamente esto. Que podamos aprenderlo también nosotros, de tantos abuelos y abuelas, de tantos ancianos que, como María, unen su oración, a veces desgarradora, a la del Hijo de Dios que en la cruz se abandona al Padre. Miremos a los ancianos, miremos a los viejos, las viejas, las viejitas; mirémoslos con amor, miremos su experiencia personal. Ellos han sufrido mucho en la vida, han aprendido mucho en la vida, han pasado muchas, pero al final tienen esta paz, una paz —yo diría— casi mística, es decir la paz del encuentro con Dios, tanto que pueden decir “Yo te conocía de oídas, mas ahora te han visto mis ojos”. Estos viejos se parecen a esa paz del Hijo de Dios en la cruz que se abandona al Padre.



Por tu Palabra

“Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador”

El fariseo y el publicano (Lc 18,9-14)³⁷

Carlos Rey, SDB

Saludos a todos los amigos de la Biblia.

1. Introducción

El texto de hoy comienza con esta frase:

A unos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, (Jesús) les dijo esta parábola.

Jesús deja claro, desde el inicio, quiénes son los destinatarios de sus palabras: los soberbios, orgullosos y prepotentes que, desde su pedestal de autosuficiencia, se consideran legitimados para juzgar y etiquetar “al resto de los hombres”.

Podemos pensar que quienes se comportan de ese modo son los otros, no nosotros, pero ¿quién no se ha creído alguna vez mejor que alguien o lo ha juzgado y despreciado por considerarlo peor o inferior? Y lo contrario: también es posible que nos hayamos reconocido pequeños, pecadores e indignos de estar ante Dios. La parábola de Jesús, por tanto, nos incumbe.



³⁷ Todos los comentarios bíblicos de Carlos Rey están disponibles en la página web <https://soto.salesianos.es/parroquia/comentarios-biblicos/>.

2. Los personajes

La parábola presenta dos personajes: el fariseo, un “HOMBRE ENGREÍDO”, y el publicano, un “HOMBRE HUMILDE”. Cada uno de ellos encarna dos actitudes muy diversas en un marco común: el de que ambos son religiosos y van al templo a orar.

En apariencia los dos hacen lo mismo, sin que la postura o el lugar donde se colocan sean especialmente significativos. Uno y otro causarían una buena impresión en quien los viera rezar pero, como en muchos otros textos bíblicos y en la misma vida, lo esencial no está en el exterior visible, sino en el interior, que no se ve. Es muy importante tener esto en cuenta siempre.

El hombre engreído

EL PRIMER PERSONAJE ESTÁ DE PIE Y ORA A DIOS EN SU INTERIOR. La ilustración que acompaña este comentario nos lo presenta en postura altiva, con la cabeza y la mirada levantada y el dedo pulgar apuntando hacia sí mismo. Se dirige a Dios pero habla de sí, enalteciéndose por lo malo que no hace y lo bueno que hace.

Su actitud interior y su postura exterior es la propia de una persona orgullosa que se considera digna de mirar a Dios cara a cara y de juzgar y etiquetar al “resto de los hombres”, sin ni siquiera conocerlos, metiendo a todos en el mismo saco. Para él todos son despreciables si comparados a él, el único perfecto e intachable:

El fariseo, de pie, hacía en su interior esta oración: Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como este publicano; yo ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que poseo.

¿Cómo nos impactan las palabras y la actitud de este hombre? ¿Cómo nos resuenan? Lo más probable es que nos rechinen, nos caigan mal y nos causen una mala impresión. Su postura nos parece arrogante, desafiadora y despreciable.

En el caso del fariseo esto es claro, pero esta misma actitud interior puede darse bajo palabras y formas revestidas de suavidad y aparente humildad. Es el caso, por ejemplo, de quien, ante la figura del fariseo, rápidamente se pone a salvo diciendo: “¡Gracias a Dios yo no soy así! Yo reconozco mis errores, soy humilde y no desprecio a los demás”; o de quien, trabajando noche y día en favor de los pobres o de la Iglesia, busca y espera la admiración y el reconocimiento ajeno; o de quien proclama a los cuatro vientos su humildad para ser considerado como tal. Es frecuente que la soberbia u orgullo de fondo se disfracen de sencillez, generosidad o falsa humildad.

Esto no significa que la persona sea falsa o mienta. Puede ser que se vea realmente así, al ser incapaz de vislumbrar su verdad real. Lo que este hombre dice es verdad: no hace el mal y es un fiel y perfecto cumplidor de la ley. Tiene conciencia de ello pero, como ya hemos dicho, lo exterior no da la medida de su ser porque lo que ve no refleja la verdad de su interior, que no ve. EL GRAN PROBLEMA DEL SOBERBIO ES LA CEGUERA Y TAMBIÉN SU MAYOR PECADO.

Cumple todas las normas, pero eso mismo le ha llevado a que en su interior crezca y anide el mayor de los pecados: la soberbia, el orgullo y la prepotencia. ¿En qué se manifiesta? En su considerarse superior a los demás y en el modo como juzga y condena a todos sin excepción:

Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como este publicano.

¿Quién le ha dicho a este hombre que todos los demás son ladrones, injustos y adúlteros? ¿Quién que el robar, cometer injusticia o adulterio es lo que define a la persona como mala? ¿Quién que no haberlo hecho la define como buena? Todos podemos haber caído una y mil veces (o caer todavía) en esto o aquello, pero las personas somos mucho más que nuestros actos. ¿Quién le da derecho a juzgar y condenar a “todo el resto de los hombres”? ¡Nadie!, pero él, admirado de sí y cegado por su soberbia, solo distingue entre él, el único perfecto, y los demás.

Años atrás una religiosa misionera en Colombia me contó que, durante la guerra que asoló aquel país por más de cuarenta años y dejó un sinfín de niños sin padres, una prostituta adoptó a tres niños que se habían quedado huérfanos. ¿Qué es lo que define a esta mujer: su práctica de la prostitución o el enorme amor que manifestó con su gesto? ¿Qué verá Dios en ella? ¿Qué vio Jesús en la mujer que entró en la casa del fariseo que le había invitado a comer (Lc 7,36-50)? El fariseo solo vio a una “pecadora pública”, mientras que Jesús vio, por encima de todo, su amor: “ha mostrado mucho amor” (Lc 7, 47) y su fe: “tu fe te ha salvado; vete en paz” (Lc 7,50).

Yo mismo conocí a una señora muy pobre en Brasil que adoptó a tres niños abandonados. Todavía recuerdo el cariño con el que nos recibía en su humilde casa, su compartir con nosotros lo poco que tenía y su dedicación a aquellos niños.

Los publicanos eran colaboracionistas de los invasores romanos y cobradores de impuestos en favor de la potencia dominadora. La mayoría de ellos se aprovechaba de su posición para extorsionar y enriquecerse, por lo que tenían fama de ladrones y eran detestados por la gente. Por ese motivo raramente se los veía por la sinagoga o el templo. En los Evangelios tenemos el caso de Zaqueo (Lc 19,1-9), “jefe de publicanos y rico”, que después de su encuentro con Jesús confiesa que ha robado y se dispone a reparar el daño hecho. ¿Por qué, ya de partida, un publicano debe ser considerado malo por el hecho de serlo, sin saber nada más de él?

La pedagogía de Dios

¿Cómo actúa Dios con quienes se tienen (o nos tenemos) por justos y desprecian (o despreciamos) a los demás? El texto nos da dos indicaciones:

1ª - Este hombre (el publicano) volvió a su casa justificado y el otro (el fariseo) no.

No hay perdón, no puede haberlo para quien no se ve necesitado de recibirlo, por eso la ilustración deja al fariseo en la sombra: en la sombra de su mayor pecado, la soberbia.

2ª - El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.

María en el Magníficat lo dice de otro modo: “El Señor derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes” (Lc 1,52). De ahí que Dios tenga que derribarnos de nuestro pedestal,

romper nuestras defensas y hacernos ver lo que en realidad somos: pequeños, incapaces de ser buenos, pecadores..., indignos, en definitiva, de estar de pie ante Dios en actitud orgullosa.

Desde aquí se puede encontrar sentido a las cosas desagradables que nos suceden y que solemos clasificar como malas: crisis, fracasos, enfermedades, pérdidas, injusticias, abandonos, deseos no alcanzados... Todas ellas nos hacen ver nuestra verdad más honda y nos ponen en nuestro sitio, que no es otro que el del publicano, tan despreciado por el fariseo.

Dios se encarna en estos acontecimientos y nos va abriendo los ojos para que tengamos experiencia de lo que somos y seamos humildes, porque solo desde la humildad puede surgir de nuestro corazón la oración de súplica: “Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador”.

Al contrario de la oración del publicano, la del fariseo es de autobombo, de auto-exaltación soberbia y orgullosa al creer que todo lo alcanzado es mérito suyo y que eso le da derecho a situarse por encima del “resto de los hombres”. Aunque dice: “Dios mío, te doy gracias”, en realidad no agradece nada porque piensa que todo lo ha hecho él y no ve nada en su vida que sea don de Dios. Es una oración centrada en sí mismo, no en Dios.

El hombre humilde

La imagen que ilustra este comentario representa al segundo personaje DE RODILLAS, CURVADO Y EN ACTITUD ORANTE, reflejando cómo se siente: pequeño, pecador e indigno de estar ante Dios. Sin méritos propios solo le queda suplicar:

El publicano... se quedó a distancia y no se atrevía ni a levantar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: “Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador”.

Puede ser que haya quien considere esta actitud impropia del ser humano por humillante o expresión de falta de auto-estima. Quien piense así no se ha enterado de nada de lo que este hombre vive por dentro y de lo que su gesto y sus palabras expresan.

¿Qué le ha sucedido para llegar hasta aquí? No lo sabemos pero podemos pensar, sin forzar el texto, que ha vivido acontecimientos o experiencias que le han ido cambiando y configurando en su actitud humilde y suplicante. Sea lo que sea que vivió, este hombre ha adquirido la conciencia de ser “un pecador”, lo que le lleva a situarse lejos, sin ni siquiera levantar sus ojos al cielo, a golpearse el pecho y a suplicar a Dios que tenga compasión de él.

Como en el caso del fariseo, lo que dice es verdad, pero ¿por qué la verdad del fariseo le lleva a ser soberbio y la del publicano a ser humilde y a suplicar? ¿Qué tiene el hacer todo bien, que a veces aleja de Dios?, y ¿qué tiene el pecado que, también a veces, acerca a Dios?

Es curioso observar que en los Evangelios no se encuentra ningún caso de soberbios que hayan aceptado y seguido a Jesús, pero sí muchos de pecadores que se le acercaron y suplicaron, que fueron curados o perdonados por él e, incluso, que le siguieron. Es el caso, por ejemplo, del endemoniado de Gerasa (Mt 5,1-20), de la mujer pecadora (Lc 7,36-50), del hijo pródigo (Lc 15,11-32), del buen ladrón (Lc 23,39-43), de Zaqueo (Lc 19,1-20) e incluso de Pedro (Lc 22,33-34.54-62). Todos ellos tuvieron que aprender a ser humildes.

¿Por qué esto? ¿Es que el pecador tiene alguna ventaja sobre quien cumple a rajatabla sus obligaciones? Hay un antiguo refrán español que dice: “EN EL PECADO ESTÁ LA PENITENCIA”, dando a entender que todos pagamos las consecuencias del mal que hacemos: decepción, sufrimiento, soledad, angustia..., lo que muchas veces nos lleva a reconsiderar, desear y buscar otro tipo de vida porque hemos aprendido la lección. La experiencia del dolor, de la propia frustración, debilidad e impotencia lleva a mucha gente a preguntarse: “¿Quién me liberará del poder del mal que me habita?, lo que abre a la persona a la acción de Dios, de modo que cuando aparece la luz el corazón del hombre se dirige hacia ella y surge la oración de súplica, como vemos en el publicano.

Lo propio del fariseo, por el contrario, es la ceguera, por eso no ve el pecado de soberbia que se esconde bajo la capa de su perfecto cumplimiento, pecado mucho más grave que robar, haber sido injusto o adúltero, dejar de ayunar o de pagar los diezmos, porque le impide reconocer a Dios.

Este hombre confunde su pecado con virtud, por eso su oración es orgullosa y en clave negativa: “Dios mío, te doy gracias porque NO SOY COMO...”, mientras que la del publicano es lúcida, humilde y en clave positiva: “DIOS MÍO, TEN COMPASIÓN DE MÍ, QUE SOY UN PECADOR”, pues ve con claridad lo que es y que solo le queda la súplica.

Jesús concluye:

Os digo que este (el publicano) volvió a su casa justificado y el otro (el fariseo) no. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.

La contraposición que hace Jesús en este texto es entre quien se auto-ensalza por considerar lo conseguido como mérito propio y quien, conocedor de su pobreza radical, sabe que solo puede esperar que Dios sea misericordioso con él. Cuando Dios ve a una persona así se derrama sobre ella, la justifica por gracia y la ensalza. Vacía de sí misma puede recibir la riqueza insondable de Dios.

3. Conclusión

Hasta aquí, querido lector, el comentario de hoy. Como en otros textos que ya hemos trabajado (el endemoniado de Gerasa o la mujer pecadora) Jesús nos hace ver que los que parecen y se creen buenos pueden tener un pecado mayor que aquellos que clasificamos como pecadores. Es así porque Dios ve el fondo de los corazones, mientras que nosotros solo vemos la exterioridad.

¡Pidamos al Espíritu Santo la gracia de ver la vida, las personas y los acontecimientos al modo de Jesús!

Nos encontramos en nuestro próximo comentario. Un abrazo.

► El anaquel

La confianza de santa Teresita del Niño Jesús³⁸

Papa Francisco

1. «*C'est la confiance et rien que la confiance qui doit nous conduire à l'Amour*»: «La confianza, y nada más que la confianza, puede conducirnos al *Amor*»³⁹.

2. Estas palabras tan contundentes de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz lo dicen todo, resumen la genialidad de su espiritualidad y bastarían para justificar que se la haya declarado doctora de la Iglesia. Sólo la confianza, “nada más”, no hay otro camino por donde podamos ser conducidos al Amor que todo lo da. Con la confianza, el manantial de la gracia desborda en nuestras vidas, el Evangelio se hace carne en nosotros y nos convierte en canales de misericordia para los hermanos.

3. Es la confianza la que nos sostiene cada día y la que nos mantendrá de pie ante la mirada del Señor cuando nos llame junto a Él: «En la tarde de esta vida, compareceré delante de ti con las manos vacías, pues no te pido, Señor, que lleves cuenta de mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos. Por eso, yo quiero revestirme de tu propia Justicia y recibir de tu Amor la posesión eterna de Ti mismo»⁴⁰.

4. Teresita es una de las santas más conocidas y queridas en todo el mundo. Como sucede con san Francisco de Asís, es amada incluso por no cristianos y no creyentes. También ha sido reconocida por la UNESCO entre las figuras más significativas para la humanidad contemporánea⁴¹. Nos hará bien profundizar su mensaje al conmemorar el 150.º aniversario de su nacimiento, que tuvo lugar en Alençon el 2 de enero de 1873, y el centenario de su beatificación⁴². Pero no he querido hacer pública esta Exhortación en alguna de esas fechas, o el día de su memoria, para que este mensaje vaya más allá de esa celebración y sea asumido

³⁸ Exhortación apostólica del papa Francisco sobre la confianza en el amor misericordioso de Dios con motivo del 150º aniversario del nacimiento de Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz (15 de octubre de 2023).

³⁹ Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, *Obras completas*, Cta 197, *A sor María del Sagrado Corazón* (17 septiembre 1896), ed. Monte Carmelo, Burgos 2006, p. 555. Para la versión española de los escritos de la santa se utiliza siempre dicha edición, con las siguientes siglas: Ms A: Manuscrito «A»; Ms B: Manuscrito «B»; Ms C: Manuscrito «C»; Cta: Cartas; PN: Poesías; Or: Oraciones; CA: Cuaderno amarillo de la madre Inés de Jesús; UC: Últimas conversaciones.

⁴⁰ Or 6, *Ofrenda de mí misma como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios* (9 junio 1895), p. 758.

⁴¹ La UNESCO ha inscrito a santa Teresa del Niño Jesús entre las personalidades a homenajear durante el bienio 2022-2023, con motivo del 150.º aniversario de su nacimiento.

⁴² 29 de abril de 1923.

como parte del tesoro espiritual de la Iglesia. La fecha de esta publicación, memoria de santa Teresa de Ávila, quiere presentar a santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz como fruto maduro de la reforma del Carmelo y de la espiritualidad de la gran santa española.

5. Su vida terrena fue breve, apenas veinticuatro años, y sencilla como una más, transcurrida primero en su familia y luego en el Carmelo de Lisieux. La extraordinaria carga de luz y de amor que irradiaba su persona se manifestó inmediatamente después de su muerte con la publicación de sus escritos y con las innumerables gracias obtenidas por los fieles que la invocaban.

6. La Iglesia reconoció rápidamente el valor extraordinario de su figura y la originalidad de su espiritualidad evangélica. Teresita conoció al Papa León XIII con motivo de la peregrinación a Roma en 1887 y le pidió permiso para entrar en el Carmelo a la edad de quince años. Poco después de su muerte, san Pío X percibió su enorme estatura espiritual, tanto que afirmó que se convertiría en la santa más grande de los tiempos modernos. Declarada venerable en 1921 por Benedicto XV, que elogió sus virtudes centrándolas en el “caminito” de la infancia espiritual⁴³, fue beatificada hace cien años y luego canonizada el 17 de mayo de 1925 por Pío XI, quien agradeció al Señor por permitirle que Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz fuera “la primera beata que elevó a los honores de los altares y la primera santa canonizada por él”⁴⁴. El mismo Papa la declaró patrona de las Misiones en 1927⁴⁵. Fue proclamada una de las patronas de Francia en 1944 por el venerable Pío XII⁴⁶, que en varias ocasiones profundizó el tema de la infancia espiritual⁴⁷. A san Pablo VI le gustaba recordar su bautismo, recibido el 30 de septiembre de 1897, día de la muerte de santa Teresita, y en el centenario de su nacimiento dirigió al obispo de Bayeux y Lisieux un escrito sobre su doctrina⁴⁸. Durante su primer viaje apostólico a Francia, en junio de 1980, san Juan Pablo II fue a la basílica dedicada a ella y en 1997 la declaró doctora de la Iglesia⁴⁹, considerándola además «como experta en la *scientia amoris*»⁵⁰. Benedicto XVI retomó el tema de su “*ciencia del amor*”, proponiéndola como «guía para todos, sobre todo para quienes, en el pueblo de Dios, desempeñan el ministerio de teólogos»⁵¹. Finalmente, tuve la alegría de canonizar a sus padres Luis y Celia en el año 2015, durante el Sínodo sobre la familia, y recientemente le dediqué una catequesis en el ciclo sobre el celo apostólico⁵².

⁴³ Cf. *Decreto de Virtudes* (14 agosto 1921): AAS 13 (1921), 449-452.

⁴⁴ Cf. *Homilía para la canonización* (17 mayo 1925): AAS 17 (1925), 211. Texto italiano en D. Bertetto, *Discorsi di Pio XI*, vol. I, Torino 1959, 383-384.

⁴⁵ Cf. AAS 20 (1928), 147-148.

⁴⁶ Cf. AAS 36 (1944), 329-330.

⁴⁷ Cf. *Carta a Mons. François-Marie Picaud, obispo de Bayeux y Lisieux* (7 agosto 1947). Texto francés en *Analecta OCD* 19 (1947), pp. 168-171. Texto español en *Revista de Espiritualidad* 24 (1947), pp. 241-245. *Radiomensaje para la consagración de la Basílica de Lisieux* (11 julio 1954): AAS 46 (1954), 404-407.

⁴⁸ Cf. *Carta a Mons. Jean-Marie-Clément Badré, obispo de Bayeux y Lisieux, con ocasión del centenario del nacimiento de santa Teresa del Niño Jesús* (2 enero 1973): AAS 65 (1973), 12-15.

⁴⁹ Cf. AAS 90 (1998), 409-413, 930-944.

⁵⁰ Carta ap. [Novo millennio ineunte](#) (6 enero 2001), 42: AAS 93 (2001), 296.

⁵¹ [Catequesis](#) (6 abril 2011): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (10 abril 2011), p. 12.

⁵² [Catequesis](#) (7 junio 2023): *L'Osservatore Romano* (7 junio 2023), pp. 2-3.

1. Jesús para los demás

7. En el nombre que ella eligió como religiosa se destaca Jesús: el “Niño” que manifiesta el misterio de la Encarnación y la “Santa Faz”, es decir, el rostro de Cristo que se entrega hasta el fin en la Cruz. Ella es “santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz”.

8. El Nombre de Jesús es continuamente “respirado” por Teresa como acto de amor, hasta el último aliento. También había grabado estas palabras en su celda: “Jesús es mi único amor”. Fue su interpretación de la afirmación culminante del Nuevo Testamento: «Dios es amor» (1 Jn 4,8.16).

Alma misionera

9. Como sucede en todo encuentro auténtico con Cristo, esta experiencia de fe la convocaba a la misión. Teresita pudo definir su misión con estas palabras: «En el cielo deseare lo mismo que deseo ahora en la tierra: amar a Jesús y hacerle amar»⁵³. Escribió que había entrado al Carmelo «para salvar almas»⁵⁴. Es decir, no entendía su consagración a Dios sin la búsqueda del bien de los hermanos. Ella compartía el amor misericordioso del Padre por el hijo pecador y el del Buen Pastor por las ovejas perdidas, lejanas, heridas. Por eso es patrona de las misiones, maestra de evangelización.

10. Las últimas páginas de *Historia de un alma*⁵⁵ son un testamento misionero, expresan su modo de entender la evangelización por atracción⁵⁶, no por presión o proselitismo. Vale la pena leer cómo lo sintetiza ella misma: «*Atráeme, y correremos tras el olor de tus perfumes*”. ¡Oh, Jesús!, ni siquiera es, pues, necesario decir: Al atraerme a mí, atrae también a las almas que amo. Esta simple palabra, “Atráeme”, basta. Lo entiendo, Señor. Cuando un alma se ha dejado fascinar por el perfume embriagador de tus perfumes, ya no puede correr sola, todas las almas que ama se ven arrastradas tras de ella. Y eso se hace sin tensiones, sin esfuerzos, como una consecuencia natural de su propia atracción hacia ti. Como un torrente que se lanza impetuosamente hacia el océano arrastrando tras de sí todo lo que encuentra a su paso, así, Jesús mío, el alma que se hunde en el océano sin riberas de tu amor atrae tras de sí todos los tesoros que posee... Señor, tú sabes que yo no tengo más tesoros que las almas que tú has querido unir a la mía»⁵⁷.

11. Aquí ella cita las palabras que la novia dirige al novio en el *Cantar de los Cantares* (1,3-4), según la interpretación profundizada por los dos doctores del Carmelo, santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz. El Esposo es Jesús, el Hijo de Dios que se unió a nuestra humanidad en la Encarnación y la redimió en la Cruz. Allí, desde su costado abierto, dio a luz a la Iglesia, su amada Esposa, por la que entregó su vida (cf. *Ef* 5,25). Lo que llama la atención es cómo Teresita, consciente de que está cerca de la muerte, no vive este misterio encerrada en sí misma, sólo en un sentido consolador, sino con un ferviente espíritu apostólico.

⁵³ Cta 220, *Al abate Bellière* (24 febrero 1897), p. 575.

⁵⁴ Ms A, 69vº, p. 217.

⁵⁵ Cf. Ms C, 33vº-37rº, pp. 321-326.

⁵⁶ Cf. Exhort. ap. [Evangeli gaudium](#) (24 noviembre 2013), 14; 264; AAS 105 (2013), 1025-1026.

⁵⁷ Ms C, 34rº, p. 322.

La gracia que nos libera de la autorreferencialidad

12. Algo semejante ocurre cuando se refiere a la acción del Espíritu Santo, que adquiere de inmediato un sentido misionero: «Esa es mi oración. Yo pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor, que me una tan íntimamente a Él que sea Él quien viva y quien actúe en mí. Siento que cuanto más abrase mi corazón el fuego del amor, con mayor fuerza diré: “Atráeme”; y que cuanto más se acerquen las almas a mí (pobre trocito de hierro, si me alejase de la hoguera divina), más ligeras correrán tras los perfumes de su Amado. Porque un alma abrasada de amor no puede estarse inactiva»⁵⁸.

13. En el corazón de Teresita, la gracia del bautismo se convierte en un torrente impetuoso que desemboca en el océano del amor de Cristo, arrastrando consigo una multitud de hermanas y hermanos, lo que ocurrió especialmente después de su muerte. Fue su prometida «lluvia de rosas»⁵⁹.

2. El caminito de la confianza y del amor

14. Uno de los descubrimientos más importantes de Teresita, para el bien de todo el Pueblo de Dios, es su “caminito”, el camino de la confianza y del amor, también conocido como *el camino de la infancia espiritual*. Todos pueden seguirlo, en cualquier estado de vida, en cada momento de la existencia. Es el camino que el Padre celestial revela a los pequeños (cf. Mt 11,25).

15. Teresita relató el descubrimiento del caminito en la *Historia de un alma*⁶⁰: «A pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Agrandarme es imposible; tendré que soportarme tal cual soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero buscar la forma de ir al cielo por un caminito muy recto y muy corto, por un caminito totalmente nuevo»⁶¹.

16. Para describirlo, usa la imagen del ascensor: «¡El ascensor que ha de elevarme hasta el cielo son tus brazos, Jesús! Y para eso, no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más»⁶². Pequeña, incapaz de confiar en sí misma, aunque firmemente segura en la potencia amorosa de los brazos del Señor.

17. Es el “dulce camino del amor”⁶³, abierto por Jesús a los pequeños y a los pobres, a todos. Es el camino de la verdadera alegría. Frente a una idea pelagiana de santidad⁶⁴, individualista y elitista, más ascética que mística, que pone el énfasis principal en el esfuerzo humano, Teresita subraya siempre la primacía de la acción de Dios, de su gracia. Así llega a decir: «Sigo teniendo la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa, pues no me apoyo en mis méritos —que no tengo *ninguno*—, sino en Aquel que es la Virtud y la Santidad mismas. Sólo Él, conformándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta Él y, cubriéndome con sus méritos infinitos, me hará *santa*»⁶⁵.

⁵⁸ *Ibid.*, 36rº, p. 325.

⁵⁹ CA (9 junio 1897, 3), p. 809; UC (9 junio 1897), p. 979.

⁶⁰ Cf. Ms C, 2vº-3rº, pp. 273-275.

⁶¹ *Ibid.*, 2vº, p. 274.

⁶² *Ibid.*, 3rº, p. 274.

⁶³ Cf. Ms A, 84vº, p. 247.

⁶⁴ Cf. Exhort. ap. [Gaudete et exsultate](#) (19 marzo 2018), 47-62; AAS 110 (2018), 1124-1129.

⁶⁵ Ms A, 32rº, p. 139.

Más allá de todo mérito

18. Este modo de pensar no contrasta con la tradicional enseñanza católica sobre el crecimiento de la gracia; es decir que, justificados gratuitamente por la gracia santificante, somos transformados y capacitados para cooperar con nuestras buenas acciones en un camino de crecimiento en la santidad. De este modo somos elevados de tal manera que podemos tener reales méritos para el desarrollo de la gracia recibida.

19. Teresita, sin embargo, prefiere destacar el primado de la acción divina e invitar a la confianza plena mirando el amor de Cristo que se nos ha dado hasta el fin. En el fondo, su enseñanza es que, dado que no podemos tener certeza alguna mirándonos a nosotros mismos⁶⁶, tampoco podemos tener certeza de poseer méritos propios. Entonces no es posible confiar en estos esfuerzos o cumplimientos. El Catecismo ha querido citar las palabras de santa Teresita cuando dice al Señor: «Compareceré delante de ti con las manos vacías»⁶⁷, para expresar que «los santos han tenido siempre una conciencia viva de que sus méritos eran pura gracia»⁶⁸. Esta convicción despierta una gozosa y tierna gratitud.

20. Por consiguiente, la actitud más adecuada es depositar la confianza del corazón fuera de nosotros mismos: en la infinita misericordia de un Dios que ama sin límites y que lo ha dado todo en la Cruz de Jesucristo⁶⁹. Por esta razón Teresita nunca usa la expresión, frecuente en su tiempo, “me haré santa”.

21. Sin embargo, su confianza sin límites alienta a quienes se sienten frágiles, limitados, pecadores, a dejarse llevar y transformar para llegar alto: «Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud»⁷⁰.

22. Esta misma insistencia de Teresita en la iniciativa divina hace que, cuando habla de la Eucaristía, no ponga en primer lugar su deseo de recibir a Jesús en la sagrada comunión, sino el deseo de Jesús que quiere unirse a nosotros y habitar en nuestros corazones⁷¹. En la *Ofrenda al amor misericordioso*, sufriendo por no poder recibir la comunión todos los días, dice a Jesús:

⁶⁶ Lo explicó el Concilio de Trento: «Cualquiera, al mirarse a sí mismo y a su propia flaqueza e indisposición, puede temblar y temer por su gracia» (*Decreto sobre la justificación*, IX: DS 1534). Lo retoma el Catecismo de la Iglesia Católica cuando enseña que es imposible tener certeza mirándose a sí mismo o a las propias acciones (cf. n. 2005). La certeza de la confianza no se encuentra en uno mismo, el propio yo no otorga fundamentos para esa seguridad, que no se basa en una introspección. De algún modo lo expresaba san Pablo: «Ni siquiera yo mismo me juzgo. Es verdad que mi conciencia nada me reprocha, pero no por eso estoy justificado: mi juez es el Señor» (1 Co 4,3-4). Santo Tomás de Aquino lo explicaba de la siguiente manera: puesto que la gracia «no sana perfectamente al hombre» (*Summa Theologiae*, I-II, q. 109, art. 9, ad 1), «queda además cierta oscuridad de ignorancia en el entendimiento» (*ibíd.*, co).

⁶⁷ Or 6, p. 758.

⁶⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2011.

⁶⁹ Lo afirma también con claridad el Concilio de Trento: «Ningún hombre piadoso puede dudar de la misericordia de Dios» (*Decreto sobre la justificación*, IX: DS 1534). «Todos deben colocar y poner en el auxilio de Dios la más firme esperanza» (*ibíd.*, XIII: DS 1541).

⁷⁰ Ms B, 1vº, pp. 254-255.

⁷¹ Cf. Ms A, 48vº, pp. 171-173; Cta 92, *A María Guérin* (30 mayo 1889), pp. 416-418.

«Quédate en mí como en el sagrario»⁷². El centro y el objeto de su mirada no es ella misma con sus necesidades, sino Cristo que ama, que busca, que desea, que habita en el alma.

El abandono cotidiano

23. La confianza que Teresita promueve no debe entenderse sólo en referencia a la propia santificación y salvación. Tiene un sentido integral, que abraza la totalidad de la existencia concreta y se aplica a nuestra vida entera, donde muchas veces nos abruma los temores, el deseo de seguridades humanas, la necesidad de tener todo bajo nuestro control. Aquí es donde aparece la invitación al santo “abandono”.

24. La confianza plena, que se vuelve abandono en el Amor, nos libera de los cálculos obsesivos, de la constante preocupación por el futuro, de los temores que quitan la paz. En sus últimos días Teresita insistía en esto: «Los que corremos por el camino del amor creo que no debemos pensar en lo que pueda ocurrirnos de doloroso en el futuro, porque eso es faltar a la confianza»⁷³. Si estamos en las manos de un Padre que nos ama sin límites, eso será verdad pase lo que pase, saldremos adelante más allá de lo que ocurra y, de un modo u otro, se cumplirá en nuestras vidas su proyecto de amor y plenitud.

Un fuego en medio de la noche

25. Teresita vivía la fe más fuerte y segura en la oscuridad de la noche e incluso en la oscuridad del Calvario. Su testimonio alcanzó el punto culminante en el último período de su vida, en la gran «prueba contra la fe»⁷⁴, que comenzó en la Pascua de 1896. En su relato⁷⁵, ella pone esta prueba en relación directa con la dolorosa realidad del ateísmo de su tiempo. Vivió de hecho a finales del siglo XIX, que fue la “edad de oro” del ateísmo moderno, como sistema filosófico e ideológico. Cuando escribió que Jesús había permitido que su alma «se viese invadida por las más densas tinieblas»⁷⁶, estaba indicando la oscuridad del ateísmo y el rechazo de la fe cristiana. En unión con Jesús, que recibió en sí toda la oscuridad del pecado del mundo cuando aceptó beber el cáliz de la Pasión, Teresita percibe en esa noche tenebrosa la desesperación, el vacío de la nada⁷⁷.

26. Pero la oscuridad no puede extinguir la luz: ella ha sido conquistada por Aquel que ha venido al mundo como luz (cf. *Jn* 12,46)⁷⁸. El relato de Teresita manifiesta el carácter heroico de su fe, su victoria en el combate espiritual, frente a las tentaciones más fuertes. Se siente hermana de los ateos y sentada, como Jesús, a la mesa con los pecadores (cf. *Mt* 9,10-13). Intercede por ellos, mientras renueva continuamente su acto de fe, siempre en comunión amorosa con el Señor: «Corro hacia mi Jesús y le digo que estoy dispuesta a derramar hasta la última gota de mi sangre por confesar que existe un cielo; le digo que me alegro de no gozar de

⁷² Or 6, p. 758.

⁷³ CA (23 julio 1897, 3), p. 850.

⁷⁴ Ms C, 31r^o, p. 317.

⁷⁵ Cf. *ibíd.*, 5r^o-7v^o, pp. 277-281.

⁷⁶ *Ibíd.*, 5v^o, p. 278.

⁷⁷ Cf. *ibíd.*, 6v^o, pp. 279-280.

⁷⁸ Cf. Carta enc. [Lumen fidei](#) (29 junio 2013), 17: AAS 105 (2013), 564-565.

ese hermoso cielo aquí en la tierra para que Él lo abra a los pobres incrédulos por toda la eternidad»⁷⁹.

27. Junto con la fe, Teresa vive intensamente una confianza ilimitada en la infinita misericordia de Dios: «la confianza puede conducirnos al Amor»⁸⁰. Vive, aun en la oscuridad, la confianza total del niño que se abandona sin miedo en los brazos de su padre y de su madre. Para Teresita, de hecho, Dios brilla ante todo a través de su misericordia, clave de comprensión de cualquier otra cosa que se diga de Él: «A mí me ha dado su *misericordia infinita*, ¡y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas...! Entonces todas se me presentan radiantes de *amor*; incluso la justicia (y quizás ésta más aún que todas las demás) me parece revestida de *amor*»⁸¹. Este es uno de los descubrimientos más importantes de Teresita, una de las mayores contribuciones que ha ofrecido a todo el Pueblo de Dios. De modo extraordinario penetró en las profundidades de la misericordia divina y de allí sacó la luz de su esperanza ilimitada.

Una firmísima esperanza

28. Antes de su entrada en el Carmelo, Teresita había experimentado una singular cercanía espiritual con una de las personas más desventuradas, el criminal Henri Pranzini, condenado a muerte por triple asesinato y no arrepentido⁸². Al ofrecer la Misa por él y rezar con total confianza por su salvación, sin dudar lo pone en contacto con la Sangre de Jesús y dice a Dios que está segurísima de que en el último momento Él lo perdonaría y que ella lo creería «aunque no se *confesase* ni diese *muestra alguna de arrepentimiento*». Da la razón de su certeza: «Tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesús»⁸³. Cuánta emoción, luego, al descubrir que Pranzini, subido al cadalso, «de repente, tocado por una súbita inspiración, se volvió, cogió el *crucifijo* que le presentaba el sacerdote ¡y *besó* por *tres veces* sus *llagas sagradas*...!»⁸⁴. Esta experiencia tan intensa de esperar contra toda esperanza fue fundamental para ella: «A partir de esta gracia sin igual, mi deseo de salvar almas fue creciendo de día en día»⁸⁵.

29. Teresita es consciente del drama del pecado, aunque siempre la vemos inmersa en el misterio de Cristo, con la certeza de que «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5,20). El pecado del mundo es inmenso, pero no es infinito. En cambio, el amor misericordioso del Redentor, este sí es infinito. Teresita es testigo de la victoria definitiva de Jesús sobre todas las fuerzas del mal a través de su pasión, muerte y resurrección. Movida por la confianza, se atreve a plantear: «Jesús, haz que yo salve muchas almas, que hoy no se condene ni una sola [...]. Jesús, perdóname si digo cosas que no debiera decir, sólo quiero alegrarte y consolarte»⁸⁶. Esto nos permite pasar a otro aspecto de ese aire fresco que es el mensaje de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz.

⁷⁹ Ms C, 7r^o, p. 280.

⁸⁰ Cta 197, *A sor María del Sagrado Corazón* (17 septiembre 1896), pp. 554-555.

⁸¹ Ms A, 83v^o, p. 245.

⁸² Cf. *ibíd.*, 45v^o-46v^o, pp. 165-168.

⁸³ *Ibíd.*, 46r^o, p. 167.

⁸⁴ *Ibíd.*

⁸⁵ *Ibíd.*, 46v^o, p. 167.

⁸⁶ Or 2 (8 septiembre 1890), pp. 753-754.

3. Seré el amor

30. “Más grande” que la fe y la esperanza, la caridad nunca pasará (cf. 1 Co 13,8-13). Es el mayor regalo del Espíritu Santo y es «madre y raíz de todas las virtudes»⁸⁷.

La caridad como trato personal de amor

31. La *Historia de un alma* es un testimonio de caridad, donde Teresita nos ofrece un comentario sobre el mandamiento nuevo de Jesús: «Ámense los unos a los otros, como yo los he amado» (Jn 15,12)⁸⁸. Jesús tiene sed de esta respuesta a su amor. De hecho, «no vacila en mendigar un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed... Pero al decir: “Dame de beber”, lo que estaba pidiendo el Creador del universo era el amor de su pobre criatura. Tenía sed de amor»⁸⁹. Teresita quiere corresponder al amor de Jesús, devolverle amor por amor⁹⁰.

32. El simbolismo del amor esponsal expresa la reciprocidad del don de sí entre el novio y la novia. Así, inspirada por el *Cantar de los Cantares* (2,16), escribe: «Yo pienso que el corazón de mi Esposo es sólo para mí, como el mío es sólo para él, y por eso le hablo en la soledad de este delicioso corazón a corazón, a la espera de llegar a contemplarlo un día cara a cara»⁹¹. Aunque el Señor nos ama juntos como Pueblo, al mismo tiempo la caridad obra de un modo personalísimo, “de corazón a corazón”.

33. Teresita tiene la viva certeza de que Jesús la amó y conoció personalmente en su Pasión: «Me amó y se entregó por mí» (Ga2,20). Contemplando a Jesús en su agonía, ella le dice: «Me has visto»⁹². Del mismo modo le dice al Niño Jesús en los brazos de su Madre: «Con tu pequeña mano, que halagaba a María, sustentabas el mundo y la vida le dabas. Y pensabas en mí»⁹³. Así, también al comienzo de la *Historia de un alma*, ella contempla el amor de Jesús por todos y cada uno como si fuera único en el mundo⁹⁴.

34. El acto de amor “Jesús, te amo”, continuamente vivido por Teresita como la respiración, es su clave de lectura del Evangelio. Con ese amor se sumerge en todos los misterios de la vida de Cristo, de los cuales se hace contemporánea, habitando el Evangelio con María y José, María Magdalena y los Apóstoles. Junto a ellos penetra en las profundidades del amor del Corazón de Jesús. Veamos un ejemplo: «Cuando veo a Magdalena adelantarse, en presencia de los numerosos invitados, y regar con sus lágrimas los pies de su Maestro adorado, a quien toca por primera vez, siento que su corazón ha comprendido los abismos de amor y de misericordia del corazón de Jesús y que, por más pecadora que sea, ese corazón de amor está dispuesto, no sólo a perdonarla, sino incluso a prodigarle los favores de su intimidad divina y a elevarla hasta las cumbres más altas de la contemplación»⁹⁵.

⁸⁷ *Summa Theologiae*, I-II, q. 62, art. 4.

⁸⁸ Cf. Ms C, 11v^o-31r^o, pp. 286-317.

⁸⁹ Ms B, 1v^o, p. 255.

⁹⁰ Cf. *ibíd.*, 4r^o, p. 262.

⁹¹ Cta 122, A *Celina* (14 octubre 1890), p. 449.

⁹² PN 24, 21, p. 686.

⁹³ *Ibíd.*, 6, p. 682.

⁹⁴ Cf. Ms A, 3r^o, p. 85.

⁹⁵ Cta 247, *Al abate Bellière* (21 junio 1897), p. 601.

El amor más grande en la mayor sencillez

35. Al final de la *Historia de un alma*, Teresita nos regaló su *Ofrenda como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios*⁹⁶. Cuando ella se entregó en plenitud a la acción del Espíritu recibió, sin estridencias ni signos vistosos, la sobreabundancia del agua viva: «los ríos, o, mejor los océanos de gracias que han venido a inundar mi alma»⁹⁷. Es la vida mística que, aun privada de fenómenos extraordinarios, se propone a todos los fieles como experiencia diaria de amor.

36. Teresita vive la caridad en la pequeñez, en las cosas más simples de la existencia cotidiana, y lo hace en compañía de la Virgen María, aprendiendo de ella que «*amar es darlo todo, darse incluso a sí mismo*»⁹⁸. De hecho, mientras que los predicadores de su tiempo hablaban a menudo de la grandeza de María de manera triunfalista, como alejada de nosotros, Teresita muestra, a partir del Evangelio, que María es la más grande del Reino de los Cielos porque es la más pequeña (cf. Mt 18,4), la más cercana a Jesús en su humillación. Ella ve que, si los relatos apócrifos están llenos de episodios llamativos y maravillosos, los Evangelios nos muestran una vida humilde y pobre, que transcurre en la simplicidad de la fe. Jesús mismo quiere que María sea el ejemplo del alma que lo busca con una fe despojada⁹⁹. María fue la primera en vivir el “caminito” en pura fe y humildad; así que Teresita no duda en escribir:

«Yo sé que en Nazaret, Madre llena de gracia,
viviste pobremente sin ambición de más.
¡Ni éxtasis, ni raptos, ni sonoros milagros
tu vida embellecieron, Reina del Santoral...!
Muchos son en la tierra los pequeños y humildes:
sus ojos hacia ti pueden sin miedo alzar.
Madre, te place andar por *la vía común*,
para guiar las almas al feliz Más Allá»¹⁰⁰.

37. Teresita también nos ha ofrecido relatos que dan cuenta de algunos momentos de gracia vividos en medio de la sencillez diaria, como su repentina inspiración cuando acompañaba a una hermana enferma con carácter difícil. Pero siempre se trata de experiencias de una caridad más intensa vivida en las situaciones más ordinarias: «Una tarde de invierno estaba yo, como de costumbre, cumpliendo con mi tarea. Hacía frío y era de noche... De pronto, oí a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical. Entonces me imaginé un salón muy iluminado, todo resplandeciente de ricos dorados; unas jóvenes elegantemente vestidas se hacían unas a otras toda suerte de cumplidos y de cortesías mundanas. Luego mi mirada se posó sobre la pobre enferma a la que estaba sosteniendo: en vez de una melodía, escuchaba de tanto en tanto sus gemidos lastimeros; en vez de ricos dorados, veía los ladrillos de nuestro austero claustro apenas alumbrado por una lucecita. No puedo expresar lo que pasó en mi alma. Lo que sí sé es que el Señor la iluminó con los rayos de la verdad, que excedían de tal forma el brillo tenebroso de las fiestas de la tierra, que no podía creer en mi felicidad... No, no cambiaría los diez minutos

⁹⁶ Cf. Or 6, pp. 757-759.

⁹⁷ Ms A, 84r^o, p. 246.

⁹⁸ PN 54, 22, p. 741.

⁹⁹ Cf. *ibíd.*, 15, p. 740.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, 17, p. 740.

que me llevó realizar mi humilde servicio de caridad por gozar mil años de fiestas mundanas»¹⁰¹.

En el corazón de la Iglesia

38. Teresita heredó de santa Teresa de Ávila un gran amor a la Iglesia y pudo llegar a lo hondo de este misterio. Lo vemos en su descubrimiento del “corazón de la Iglesia”. En una larga oración a Jesús¹⁰², escrita el 8 de septiembre de 1896, sexto aniversario de su profesión religiosa, la santa confió al Señor que se sentía animada por un inmenso deseo, por una pasión por el Evangelio que ninguna vocación por sí sola podía satisfacer. Y así, en busca de su “lugar” en la Iglesia, había releído los capítulos 12 y 13 de la Primera Carta de san Pablo a los corintios.

39. En el capítulo 12, el Apóstol utiliza la metáfora del cuerpo y sus miembros para explicar que la Iglesia incluye una gran variedad de carismas ordenados según un orden jerárquico. Pero esta descripción no es suficiente para Teresita. Ella continuó su investigación, leyó el “himno a la caridad” del capítulo 13, allí encontró la gran respuesta y escribió esta página memorable: «Al mirar el cuerpo místico de la Iglesia, yo no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o, mejor dicho, quería reconocirme en *todos* ellos... La caridad me dio la clave de mi *vocación*. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...! Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor...! Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado... En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... ¡¡¡Así mi sueño se verá hecho realidad...!!!»¹⁰³.

40. No es el corazón de una Iglesia triunfalista, es el corazón de una Iglesia amante, humilde y misericordiosa. Teresita nunca se pone por encima de los demás, sino en el último lugar con el Hijo de Dios, que por nosotros se convirtió en siervo y se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte en una cruz (cf. *Flp* 2,7-8).

41. Tal descubrimiento del corazón de la Iglesia es también una gran luz para nosotros hoy, para no escandalizarnos por los límites y debilidades de la institución eclesial, marcada por oscuridades y pecados, y entrar en su corazón ardiente de amor, que se encendió en Pentecostés gracias al don del Espíritu Santo. Es ese corazón cuyo fuego se aviva más aún con cada uno de nuestros actos de caridad. “Yo seré el amor”, esta es la opción radical de Teresita, su síntesis definitiva, su identidad espiritual más personal.

¹⁰¹ Ms C, 29v^o-30r^o, p. 315.

¹⁰² Cf. Ms B, 2r^o-5v^o, pp. 256-268.

¹⁰³ *Ibid.*, 3v^o, p. 261.

Lluvia de rosas

42. Después de muchos siglos en que tantos santos expresaron con mucho fervor y belleza sus deseos de “ir al cielo”, santa Teresita reconoció, con gran sinceridad: «Yo sufría por aquel entonces grandes pruebas interiores de todo tipo (hasta llegar a preguntarme a veces si existía un cielo)»¹⁰⁴. En otro momento dijo: «Cuando canto la felicidad del cielo y la eterna posesión de Dios, no experimento la menor alegría, pues canto simplemente lo que *quiero creer*»¹⁰⁵. ¿Qué ha sucedido? Que ella estaba escuchando la llamada de Dios a poner fuego en el corazón de la Iglesia más que a soñar con su propia felicidad.

43. La transformación que se produjo en ella le permitió pasar de un fervoroso deseo del cielo a un constante y ardiente deseo del bien de todos, culminando en el sueño de continuar en el cielo su misión de amar a Jesús y hacerlo amar. En este sentido, en una de sus últimas cartas escribió: «Tengo la confianza de que no voy a estar inactiva en el cielo. Mi deseo es seguir trabajando por la Iglesia y por las almas»¹⁰⁶. Y en esos mismos días dijo, de modo más directo: «Pasaré mi cielo en la tierra hasta el fin del mundo. Sí, yo quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra»¹⁰⁷.

44. Así Teresita expresaba su respuesta más convencida al don único que el Señor le estaba regalando, a esa luz sorprendente que Dios estaba derramando en ella. De este modo llegaba a la última síntesis personal del Evangelio, que partía de la confianza plena hasta culminar en el don total por los demás. Ella no dudaba de la fecundidad de esa entrega: «Pienso en todo el bien que podré hacer después de la muerte»¹⁰⁸. «Dios no me daría este deseo de hacer el bien en la tierra después de mi muerte, si no quisiera hacerlo realidad»¹⁰⁹. «Será como una lluvia de rosas»¹¹⁰.

45. Se cierra el círculo. «*C'est la confiance*». Es la confianza la que nos lleva al Amor y así nos libera del temor, es la confianza la que nos ayuda a quitar la mirada de nosotros mismos, es la confianza la que nos permite poner en las manos de Dios lo que sólo Él puede hacer. Esto nos deja un inmenso caudal de amor y de energías disponibles para buscar el bien de los hermanos. Y así, en medio del sufrimiento de sus últimos días, Teresita podía decir: «*Sólo cuento* ya con el *amor*»¹¹¹. Al final sólo cuenta el amor. La confianza hace brotar las rosas y las derrama como un desbordamiento de la sobreabundancia del amor divino. Pidámosla como don gratuito, como regalo precioso de la gracia, para que se abran en nuestra vida los caminos del Evangelio.

4. En el corazón del Evangelio

46. En *Evangelii gaudium* insistí en la invitación a regresar a la frescura del manantial, para poner el acento en aquello que es esencial e indispensable. Creo que es oportuno retomar y proponer nuevamente aquella invitación.

¹⁰⁴ Ms A, 80v^o, p. 239. No era una falta de fe. Santo Tomás de Aquino enseñaba que en la fe obran la voluntad y la inteligencia. La adhesión de la voluntad puede ser muy sólida y arraigada, mientras la inteligencia puede estar oscurecida. Cf. *De Veritate* 14, 1.

¹⁰⁵ Ms C, 7v^o, p. 281.

¹⁰⁶ Cta 254, *Al P. Roulland* (14 julio 1897), p. 606.

¹⁰⁷ CA (17 julio 1897), p. 846.

¹⁰⁸ *Ibíd.* (13 julio 1897, 17), p. 839.

¹⁰⁹ *Ibíd.* (18 julio 1897, 1), p. 846.

¹¹⁰ *Ibíd.* (9 junio 1897, 3), p. 809; UC (9 junio 1897), p. 979.

¹¹¹ Cta 242, *A sor María de la Trinidad* (6 junio 1897), p. 596.

La doctora de la síntesis

47. Esta Exhortación sobre santa Teresita me permite recordar que, en una Iglesia misionera «el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante»¹¹². El núcleo luminoso es «*la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado*»¹¹³.

48. No todo es igualmente central, porque hay un orden o jerarquía entre las verdades de la Iglesia, y «esto vale tanto para los dogmas de fe como para el conjunto de las enseñanzas de la Iglesia, e incluso para la enseñanza moral»¹¹⁴. El centro de la moral cristiana es la caridad, que es la respuesta al amor incondicional de la Trinidad, por lo cual «las obras de amor al prójimo son la manifestación externa más perfecta de la gracia interior del Espíritu»¹¹⁵. Al final, sólo cuenta el amor.

49. Precisamente, el aporte específico que nos regala Teresita como santa y como doctora de la Iglesia no es analítico, como podría ser, por ejemplo, el de santo Tomás de Aquino. Su aporte es más bien sintético, porque su genialidad consiste en llevarnos al centro, a lo que es esencial, a lo que es indispensable. Ella, con sus palabras y con su propio proceso personal, muestra que, si bien todas las enseñanzas y normas de la Iglesia tienen su importancia, su valor, su luz, algunas son más urgentes y más estructurantes para la vida cristiana. Allí es donde Teresita puso la mirada y el corazón.

50. Como teólogos, moralistas, pensadores de la espiritualidad, como pastores y como creyentes, cada uno en su propio ámbito, todavía necesitamos recoger esta intuición genial de Teresita y sacar las consecuencias teóricas y prácticas, doctrinales y pastorales, personales y comunitarias. Se precisan audacia y libertad interior para poder hacerlo.

51. Algunas veces, de esta santa se citan sólo expresiones que son secundarias, o se mencionan cuestiones que ella puede tener en común con cualquier otro santo: la oración, el sacrificio, la piedad eucarística, y tantos otros hermosos testimonios, pero de ese modo podríamos privarnos de lo más específico del regalo que ella hizo a la Iglesia, olvidando que «cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio»¹¹⁶. Por lo tanto, «para reconocer cuál es esa palabra que el Señor quiere decir a través de un santo, no conviene entretenerse en los detalles [...]. Lo que hay que contemplar es el conjunto de su vida, su camino entero de santificación, esa figura que refleja algo de Jesucristo y que resulta cuando uno logra componer el sentido de la totalidad de su persona»¹¹⁷. Esto vale más aún para santa Teresita, por tratarse de una “doctora de la síntesis”.

52. Del cielo a la tierra, la actualidad de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz perdura en toda su “pequeña grandeza”.

¹¹² Exhort. ap. [Evangelii gaudium](#) (24 noviembre 2013), 35: AAS 105 (2013), 1034.

¹¹³ *Ibid.*, 36: AAS 105 (2013), 1035.

¹¹⁴ *Ibid.*

¹¹⁵ *Ibid.*, 37: AAS 105 (2013), 1035.

¹¹⁶ Exhort. ap. [Gaudete et exsultate](#) (19 marzo 2018), 19: AAS 110 (2018), 1117.

¹¹⁷ *Ibid.*, 22: AAS 110 (2018), 1117.

En un tiempo que nos invita a encerrarnos en los propios intereses, Teresita nos muestra la belleza de hacer de la vida un regalo.

En un momento en que prevalecen las necesidades más superficiales, ella es testimonio de la radicalidad evangélica.

En un tiempo de individualismo, ella nos hace descubrir el valor del amor que se vuelve intercesión.

En un momento en el que el ser humano se obsesiona por la grandeza y por nuevas formas de poder, ella señala el camino de la pequeñez.

En un tiempo en el que se descarta a muchos seres humanos, ella nos enseña la belleza de cuidar, de hacerse cargo del otro.

En un momento de complicaciones, ella puede ayudarnos a redescubrir la sencillez, la primacía absoluta del amor, la confianza y el abandono, superando una lógica legalista o eticista que llena la vida cristiana de observancias o preceptos y congela la alegría del Evangelio.

En un tiempo de repliegues y de cerrazones, Teresita nos invita a la salida misionera, cautivados por la atracción de Jesucristo y del Evangelio.

53. Un siglo y medio después de su nacimiento, Teresita está más viva que nunca en medio de la Iglesia peregrina, en el corazón del Pueblo de Dios. Está peregrinando con nosotros, haciendo el bien en la tierra, como tanto deseó. El signo más hermoso de su vitalidad espiritual son las innumerables “rosas” que va esparciendo, es decir, las gracias que Dios nos da por su intercesión colmada de amor, para sostenernos en el camino de la vida.

Querida santa Teresita,
la Iglesia necesita hacer resplandecer
el color, el perfume, la alegría del Evangelio.
¡Mádanos tus rosas!
Ayúdanos a confiar siempre,
como tú lo hiciste,
en el gran amor que Dios nos tiene,
para que podamos imitar cada día
tu caminito de santidad.
Amén.



Sueños para ti

El agriodulce paso del tiempo

Alba, al alba, y Arnel, por la tarde. Lo del amigo de Enzalo, a mediodía. Esto último es de ayer. ¡Narraciones **de probada juventud!** Son, sobre todo, historias para la ternura, esa que nos sorprende tal vez porque está lejos de nuestros mundos.

Tenía que comunicar algo a la profe, algo carente de relevancia pero necesario; y no encontré mejor modo que hacerme presente en la clase. En aquel paseo conocí a Alba o, mejor, ella me reconoció a mí. Después de haber comentado el tema con la profe y de saludar a los niños, a punto de salir, observo que una niña, levanta la mano. Me acerco y le digo: "¿Qué quieres, bonita?".

Ella no pregunta, hace una afirmación retórica que me deja perplejo: "¿Tú eres un abuelito, verdad?".

Me siento halagado por el piropo. Intuyo lo que hay detrás de la afirmación y salgo de la clase, feliz, por un lado, pero por otro tengo ganas de gritar la verdad que alguien se ha atrevido a decirme. O sea que soy "un abuelito".

Pero los días no se detienen, nos van envolviendo en las redes del tiempo. Ahora, en la tarde, es Arnel, "moreno", color de caramelo, todo él ojos y corazón espontáneo.

La pregunta es más directa, más deseosa de saber, de conocer.

-¿Cuántos nietos tienes?

-¡Veinte!, le digo sin recuperarme de la sorpresa.

-¿Veinte?, me contesta entre incrédulo y admirado.

-Sí, nuevamente me ha pescado la sorpresa y he decidido irme haciendo a la idea. Aprende aceptar las lecciones de realidad que se te regalan cada día.

Pero la historia no termina aquí. Hoy he ido a tratar con mi amigo Enzalo "**cuestiones de trabajo**". He saludado a los compañeros de clase. Les he dicho que su profe fue alumno mío. Las caras de asombro son significativas. Alguno desearía hacer "preguntas indiscretas". Alguien, observando mi cara y mi pelo, pregunta en alto:

-¿Cuántos años tienes?

No me queda más remedio que decir la verdad. Con los niños de nada vale el engaño o el disimulo.

-Tengo 78 años, le digo, un tanto sorprendido por la pregunta.

-“¡Mi bisabuelo tiene muchos más!”, grita firme y feliz por el dato.

Yo me callo, miro al profesor y salgo de la clase con las “orejas gachas”. Se acabó lo del ‘abuelito’, lo de ‘cuántos nietos tienes’. Ahoyá ya soy un ‘bisabuelo’. Y los niños no engañan. Voy recordado lecciones de ternura, de perspicacia y realidad. Las cosas son como son, con palabras de Alba, Arnel... Pero lo del amigo de Enzalo me ha centrado o descentrado, no sé muy bien. Me he sentido alguna vez ‘abuelo’; pero lo de ‘bisabuelo’ ha sido demasiado.

*Y, a propósito de Enzalo, ya te iré contando. Nos irá regalando algún sueño cada mes. No te sorprendas en exceso, porque también hay **“sueños para ti”**.*

Isidro Lozano



Campana pastoral 2023-2024

